

R. FRANCISCO MAZZONI

EL MÉDANO FLORECIDO

NOVELA



1924

"BUENOS AIRES"

Editorial Limitada

AGENCIA GENERAL DE
LIBRERIA y PUBLICACIONES
Rivadavia 1573

LPQ 8519

M495

M4.

LIBROS PUBLICADOS POR LA COOPERATIVA EDITORIAL "BUENOS AIRES"

(NO AGOTADOS)

Crítica

- M. A. BARRENECHEA. — *Un idealismo estético*.
 ALEJANDRO CASTIÑERAS. — *Adalberto Gorki* (su vida y sus obras).
 ALEJANDRO CASTIÑERAS. — *El Alma de Rusia*.
 NICOLÁS CORONADO. — *Crítica negativa*.
 ARMANDO DONOSO. — *La senda clara*.
 CARLOS IBARGUREN. — *La literatura y la gran Guerra*.
 JOSÉ INGENIEROS. — *Emilia Bontroux y la filosofía universitaria en Francia*.
 ALVARO MELIÁN LAFINUR. — *Literatura contemporánea*.
 JULIO NOR. — *Nuestra literatura*.
 LUIS RODRÍGUEZ ACABUDO. — *Del teatro al libro*.

Cuestiones sociales y políticas

- JUAN ALVAREZ. — *Buenos Aires*.
 MARCO M. AVELLANEDA. — *Del camino andado*.
 JUAN A. GARCÍA. — *Sobre nuestra incultura*.
 AUGUSTO BUNGE. — *Polémicas*.

Historia

- JOSÉ INGENIEROS. — *La locura en la Argentina*.

Novelas y cuentos

- ERNESTO MARIO BARRERA. — *Desnudos y máscaras*.
 HÉCTOR PEDRO BLUMBERG. — *Las puertas de Babel*.
 CARLOS CORREA LUNA. — *Don Baltasar de Arandía* (2ª edición).
 JUAN CARLOS DÁVALOS. — *El viento blanco*.
 ROBERTO F. GIUSTI. — *Mis Muñecos*.
 VÍCTOR JUAN GUILLOT. — *Historias sin importancia*.
 LUISA ISRAEL DE PORTELA. — *Vidas tristes* (2ª edición).
 MOISÉS KANTOR. — *Leyendas dramáticas*.
 R. FRANCISCO MAZZONI. — *El Médano florecido*.
 ENRIQUE MÉNDEZ CALZADA. — *Jesús en Buenos Aires*.
 EDMUNDO MONTAGNE. — *El cerco de pitas*.

- HORACIO QUIROGA. — *Cuentos de la selva* (para los niños).
 HORACIO QUIROGA. — *El Salvaje*.
 VICENTE A. SALAVERRI. — *El Hijo del León*.

Viajes

- ERNESTO MARIO BARRERA. — *Las rosas del manión*. (España).

Poesía

- RAFAEL ALBERTO ARRIETA. — *Sus mejores poemas*.
 ALFREDO R. HUFANO. — *Poemas de provincia*.
 DELFINA BUNGE DE GÁLVEZ. — *La nouvelle moisson*.
 RUGENIO DIAS ROMERO. — *El templo umbrío*.
 RICARDO JAIME FREYRE. — *Los sueños son vida*.
 LUIS MARÍA JORDÁN. — *Primavera interior*.
 PEDRO MIGUEL OBLIGADO. — *Gris*. (2ª edición).
 PEDRO MIGUEL OBLIGADO. — *El ala de sombra* (2ª edición).
 PABLO SURRO. — *Los cilicios*.

Psicología

- ALBERTO PALCOS. — *El Genio*.

Teatro

- HORACIO QUIROGA. — *Las Sacrificadas*.

Temas varios

- ALBERTO NIN FRÍAS. — *Un huerto de manzanas*.
 MARTÍN GIL. — *Modos de ver* (4ª ed.).

Traducciones

- CARLOS OBLIGADO. — *De los Grandes Románticos*.
 M. DE VEDIA Y MITRE. — *El héroe y sus hazañas*, de Bernard Shaw.

Costumbres argentinas

- ROBERTO CACHE. — *Glosario de la jerga urbana* (2ª edición).
 LUIS MARÍA JORDÁN. — *Cartas de un extranjero*.
 CARLOS B. QUIROGA. — *Alma Popular*.

R. FRANCISCO MAZZONI

EL MÉDANO
FLORECIDO

NOVELA



1924

"BUENOS AIRES"
Cooperativa Editorial Limitada

AGENCIA GENERAL DE
LIBRERIA y PUBLICACIONES
Rivadavia 1573

D. 293.857

1908519. 11495. 114

Quaciao'u, 1979.

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

El Conscripto (drama).

Los Inválidos (cuentos) Agotada.

El Médano Florecido (novela).

Los Buscadores de Oro (cuentos). En preparación.



I

SOBRE la tierra y sobre el mar caían lentamente las nubes grises. El paisaje se esfumó en su velo impreciso, y poco después, desde el fondo de la bruma blanquecina se oyó como un gemido lejano de cadencia melancólica.

—¡Toma! dijo la anciana señora a su hija. La sirena de la isla. ¡Ya tenemos mal tiempo!

Sonaba a intervalos ese aviso del mar que ponía pensativos a los habitantes de Punta del Este y de Maldonado. Entre aquellas nieblas vagas la voz de la isla sugería el cercano invierno y las tragedias de las olas todos los años repetidas en esas costas bravas y solitarias.

Escuchó, la hija, un instante, el lejano quejido suave y pensó que la paloma del monte canta así, con el mismo acento, su tristeza de amor. Pero era preciso seguir respetuosamente la reflexión de su señora madre y dijo con un suspiro:

—¡Pobre gente los marinos!

Quedaron luego en silencio, cada una en su idea. Recostadas e inmóviles en los amplios sillones de alto respaldo y de roja cretona deslucida y abierta, prolongaban en nuestros días una escena colonial. No debían ser menos señoriles las ancianas matronas de hace un siglo, ni más religiosas las jóvenes de entonces. Su hablar contenido y los gestos mesurados se acentuaban al rodear la mesa del comedor. Bajo aquellos techos cruzados por vigas enjabelgadas y entre los pisos y las paredes cubiertas por cerámicas estañíferas, de fino dibujo cuadrículado realizadas por artistas coloniales, las palabras recibían un aire de gravedad solemne. Bastaba, entonces, la presencia de una cabeza blanca para que todo tuviera sabor antiguo.

Por la puerta entreabierta que daba al patio español, colmado de plantas y circundado de ventanas enrejadas, empezó a entrar un humo acre.

La señora tosió ligeramente y rogó luego:

—Aurora, hija mía, vete a ver lo que pasa en la cocina.

—Es el viento, señora, dijo Aurora sin moverse. Cuando va a hacer mal tiempo trae hacia acá el humo.

—¡Ay! ¡Qué desgracia estas casas antiguas!

Volvió a toser la señora y se puso intranquila.

Levantóse Aurora y fué hasta la cocina. La morena Teresa iba y venía en medio de un humo espeso que rechazaba la enorme campana del fogón. Riendo mientras se restregaba los ojos lacrimosos, le dijo:

—Ay, niña, no dentre que el humo busca los ojos lindos.

—¡Cállate, Teresa, cállate que no hay ojos lindos cuando están solos.

Fué el acento tan desmayado y triste, que la vieja sirvienta no pudo agregar las acostumbradas bromas sobre los novios.

Entraron en la cocina y luego de ver que no había remedio contra la chimenea empeñada en recoger todo el aire de las alturas para echarlo en el hogar, Aurora ordenó cambiar el combustible y traer los viejos laureles depositados en el galpón. Cuando ardieron las maderas perfumadas el humo llevó entonces por toda la casa la suave esencia de sus fibras. Volvió ella junto a la anciana que ya había dejado de toser y se dormía en el sillón. Ocupó su sitio, pero su alma no se llenó como otras veces de la quietud de la hora y del silencio de la casa.

Por su semblante pasó la sombra del pesar al recordar la soledad de sus ojos lindos. Se sentía oprimida con el recuerdo de aquel muchacho que se llamara su novio y durante mucho tiempo le hiciera creer en la verdad de su cariño y que luego se fué para no volver. Ella se había resignado aparentemente, pero la monótona vida del pueblo sin incidencias que la hicieran olvidar, cavó cada día más profunda la herida. Su corazón tejió su dolor como un capullo, ¿saldría de él mariposa? ¿sería su mortaja?

El desengaño la dejó siendo la misma ilusionada. No se sentía sola en su desdicha; había tantas otras como ella en el pueblo! ¿Qué muchacha de Maldonado no había tenido un novio que se fuera para nunca más volver? Aquellos viejos muros guardaban todos el secreto de un amor desvanecido y Aurora pensaba que acaso sería por eso que las paredes florecían caprichosamente, cubriéndose a veces desde lo bajo a lo alto, de un tapiz de violetas, mientras las azoteas se coronaban de extrañas flores lilas luminosas al sol de las tardes quietas.

Sus ojos se detuvieron en ese momento en el pozo de gruesos pilares y de ancho arco de mampostería. Una paloma blanca venía a posarse en el ne-

gro barrilito aterciopelado por los musgos que colgaba rezumando agua. Al verla, Aurora dejó la sala en puntas de pié, para no despertar a su señora madre, y desde el patio llamó:

—¡Linda! ¡Linda! ¿Por dónde llega tu patrona?

Levantó la cabeza la paloma, miró con sus ojos circulares, arrulló haciendo avanzar varias veces el cuello y tendió vuelo con dos aletazos sonoros.

Alzó su mano Aurora e iba allí a posarse la paloma cuando otra voz le hizo remontar vuelo nuevamente.

—¡Linda! ¡Linda! Aquí está tu patrona.

Era una aparición sonriente que se asomaba en el zaguán azul. Quince años florecidos en las trenzas, en los ojos y en la boca de una muchacha del campo.

—¡Linda! ¡Linda! llamaba Aurora queriendo atraerse a la paloma, venciendo a su amiga.

—¡Linda! ¡Linda! rogaba dulcemente la muchacha.

Y la paloma estuvo un rato en el aire, suspendida como el espíritu santo de las estampas. Escuchaba las dos voces queriendo adivinar a su amantísima que, compadecidas las dos amigas, se unieron en un beso, y confiada entonces pudo posarse sobre ellas como en un solo cuerpo.

—¡Por favor! ¡No me aprietas! ¿No ves que los aplastas?

—¿Qué es lo que me traes, Ermelinda?, preguntó llena de curiosidad Aurora.

—Para tu pobre desgraciada clueca que la mía está tan mala que no merece dejárselos.

Abrió su delantal e inmediatamente saltaron unos montoncitos de lana amarilla que se pusieron a piar desesperadamente por el patio.

—¡Qué ricos! ¡Qué hermosos!, repetía Aurora sin poderlos alcanzar.

El piar se aumentó con esta persecución e hizo sonar a la puerta de la cocina a Teresa, quien se puso a comentar:

—¡Qué raza tan hermosa! ¡Pero si son como valientes!

Y corrió a buscar la gallina clueca que había perdido la cría.

Las voces despertaron a la señora que a su vez se asomó a la puerta y la reprimenda que pugnaba por salir de sus labios se ahogó en una sonrisa. El patio estaba desconocido. Risas y exclamaciones, cloqueos y ladridos parecían cambiar el aspecto de la casa. Un soplo alegre de vida desbordante pasaba entre las viejas paredes. Aurora, ayudada por Er-

melinda, buscaba, riendo, en su seno y en el cabildo, los polluelos que al querer huir de entre sus manos, cayeron en insospechadas y dulces cárceles. Una tragedia ocurría entre la erizada gallina persiguiendo a la paloma y perseguida a su vez por el perro que acudiera curioso a tanta agitación. Todo era expansión inusitada en aquella tranquila casa.

—Niñas, dijo la señora, esto parece el arca de Noé. Vamos, ¡todos al fondo!

Iban a cumplir la orden cuando el pesado aldabón de la puerta de calle los sorprendió. Quedaron suspensas hasta tanto Teresa anunció desde el zaguán:

—El joven Rodolfo.

Como todas las personas del pueblo era Rodolfo conocido de la casa, y aunque su presencia no estaba siempre autorizada, él se encontraba bien en todas partes. Alguien le llamó Tordo, quizás por ésto, y más que por su nombre así le designaban. Sin saludar a nadie hizo una entrada de efecto. Señalando la cintura de Aurora, donde se agitaba algo, dijo, mostrándose alarmado:

—Allí se te ha metido un animal, ¡fíjate, Aurorita!

—No es nada, repuso ella riendo nuevamente. Es

el último pollito que no he podido atrapar y busca la salida.

Vulgar como todo lo suyo pero intencionado, mientras se le iluminaban los ojillos hundidos y mostraba algo caídos los labios de su boca sensual, exclamó:

—¡Qué feliz! ¡Quién fuera pollito!

La señora, ya un tanto fastidiada por las veladas alusiones, agregó:

—Vayan, niñas, a ver si lo sacan.

—¿No quieren que les ayude? agregó incorregible.

—No. Tú esperarás aquí y me dirás lo que quieres.

—Siempre seré un desgraciado, concluyó él sonriendo y en tono irónico. Y el Tordo empezó una charla insustancial mientras contemplaba a las niñas que se dirigían al fondo de la casa. Buscaba un argumento que no le venía a mientes, no entendiéndole como era lógico, la señora; pero él, sonriendo y con acento superior, proseguía en sus sinrazones.

Mientras, llegaron junto al pozo y se sentaron en el brocal ambas amigas. Se apoyó Linda en la rama de un naranjo que llegaba hasta el pozo, cu-

bierto como un erizo todo su tronco y sus ramas por los claveles del aire. Tratando de ocultar su semblante detrás de las hojas, dijo:

—Aurora, tengo que decirte una cosa...

—Muy grave, agregó Aurora usando el mismo tono.

—...No sé.

—Vamos, tira al pozo el secreto.

—Tú fuiste mi maestra en todo. Me enseñaste a escribir y no creer en los daños y curanderos. Por ti salvemos a mis hermanitos de tantas enfermedades. Yo te debo mucho.

—Bueno, basta. Tú no sabes que también tuve que aprenderlo de otros. Es una deuda muy vieja que no podemos pagar, sino enseñando a los demás.

Se conmovía Linda y no lograba hallar la forma de decir su pensamiento. Toda turbada arrancó una hojita del naranjo, la mordió entre sus dientecitos, y sin poder pronunciar una palabra, se quedó mirando al pozo. En el fondo oscuro, poblado de culantrillos, sonaban claras como notas de arpa, las gotas que caían del barrilito aterciopelado. La paloma volvió a subir en él y se puso a beber.

Linda miró a la paloma, luego al cielo, nuevamente al naranjo y al pozo, y cuando llegó a los

ojos interrogantes y asombrados de su amiga, fijos en ella, no pudo menos que dejar escapar su secreto.

—Aurora... 'Tengo novio.

—¡Tú!

—¿No te parece bien, que tenga novio de verdad? Ya cumplí los diez y seis años. Me parece que soy bastante grande... cuido la casa...

—Linda, no te disculpes, dijo Aurora entre sonriente y seria. ¡Qué puedo decirte! ¡Yo soy vieja! ¡veinte y cuatro años! Esto me da un poco de experiencia, y, si fuera a decirte lo que pienso... Pero, ¿quién es el novio?

Volvió a guardar silencio Linda.

—Vamos, dí.

Esa era la dificultad. Sentía violencia y no se atrevía a decirlo.

Pero de pronto Aurora tuvo la intuición clara.

—Es él. Rodolfo.

—Sí.

—Entonces, ¿estás ya comprometida? ¡Si te ven con él por la calle!

—Es que como somos algo parientes y, además amigo de casa, no resulta extraño vernos juntos.

—Vaya. Ya tienes respuesta para todo. Te has

hecho mujer en dos días. Dime, Linda, ¿qué quieres de mí?

—Aconséjame...

—¡Ay! Linda, no puedo... tendría que pensarlo mucho.

—Dime... de Rodolfo ¡Hablan tanto!

Se concentró Aurora un instante ante el grave problema que le plantearan y no vió dentro de sí, sino confusión. Las palabras subían hasta sus labios, mas comprendía que cuando ella dijera sinceramente sería también confusión. Sin embargo, de Rodolfo hubiera podido afirmar lo definitivo, Aquel mocito era un inútil, que procuraba consumir las rentas paternas a su manera. Su vida se reducía a la caza de mujeres, y, cosa extraordinaria, sin poseer cualidad notable alguna, quizás por el solo hecho de dedicarse al tema amoroso como a un deporte exclusivo, allí donde no había competidores, alcanzó fama de irresistible. Las aventuras eran muchas y baratas. Vagaba continuamente por el pueblo estudiando la mujer que se hallaba "a punto". Las tenía clasificadas, conocía a los maridos, sabía de sus debilidades y defectos y todo lo explotaba con cierta habilidad en el momento oportuno. Cuando se le veía frecuentar un lugar cual-

quiera era lógico deducir que allí una mujer estaba "a punto". Tenía ya la vanidad del tenorio a quien se le anotan las aventuras. A veces en medio de la calle, cuando alguien veía pasar alguna mujer tentadora, se le preguntaba de vereda a vereda:

—¿Y...?

Y él con ademán de emperador, volvía el pulgar hacia abajo sonriendo con la superioridad del que todo lo puede. Esa mujer quedaba así incorporada a su lista y calificada como vencida. Aurora que había presenciado la escena y no le hallara explicación sino muy tarde, cuando alcanzó a conocer las historias de amor que se le atribuían, sentíase herida en sus fibras más íntimas.

Sin poderlo reprimir, estas reflexiones parecían hechas en alta voz, tal era lo expresivo de su semblante.

—Entonces — dijo Linda, que la miraba detenidamente, — ¿no estás conforme?

Su voz era débil y temerosa.

—¿Tú le quieres mucho?

—No sé... es el único que me hace caso. Nicanor era el otro... pero no viene nunca... Ahora se ha ido al faro.

—Mira, Linda — contestóle casi con un tono solemne. — Hazte fuerte, eres muy joven. Si no le quieres mucho, no le hagas caso. Yo entiendo el cariño de una manera distinta a lo que tú misma quizás lo entiendes. Si él se presentara en otra forma, si se pudiera penetrar en lo que piensa... Pero no; hay algo que no alcanzo a entender, que no podré decir y me es desagradable. Mira... encontrarás otro mejor. Me parece que no serás feliz.

Ermelinda inclinó la cabeza y guardó silencio. La paloma descendió del arco en que se paseaba, abriendo la cola y arrullando sonoramente y se puso a picar a Ermelinda en las orejas buscando luego los ojos como para hacerle una caricia. Pero ella se sentía muy triste y trató de quitarla de su lado.

Oyeron en ese instante la voz de la señora que las llamaba y volvieron nuevamente a la casa.

—Este mozo se va — les dijo. — Parece que viene a buscarte, Ermelinda.

—Sí, señora, pero ¡es tan tarde! Tengo algo que hacer antes en casa de don Genaro y me voy a ir sola para no retrasarme.

Rodolfo comprendió que había mar de fondo y con toda naturalidad, después de observarlas a ambas, dijo:

—Cuando dos mujeres se juntan no hablan de cosa buena.

—Sería una ofensa, si no fuera una broma — replicó Ermelinda.

—Es broma, pero por lo pronto, — añadió despidiéndose, — habría que preguntarles qué estuvieron haciendo cuando fueron para sacar el pollito y todavía lo tienes entre la bata.

Tomadas en el delito de olvido, las amigas quedaron confusas y Rodolfo con aire ufano saludó lleno de suficiencia y se fué dejándolas con un “¡No te digo!” desafiante.

Un momento después la señora Julia acompañaba hasta la puerta a Ermelinda y luego de darle un pequeño paquete con dulces para “los chicos” en pago de los pollos, entró en la sala. Al pasar cerró la reja llena de puntiagudas lanzas que servía de cancel y dió un suspiro de satisfacción como aliviada de un peso.

Volvieron a la sala, y Aurora, hondamente perturbada, se puso a trabajar arreglando diminutas conchas en la tapa engomada de una caja. Era esa la manera de matar los ocios de las largas veladas

invernales o de las lentas horas del verano. Tenían la casa sembrada de pequeñas maravillas del mar. Traían de los largos paseos por la costa, las innumerables formas que arrojan las olas. Iris límpidos que condensan en breves volutas de nácar todo el sol de Maldonado. Grandes caracoles argonautas de tenuísima caparazón que guardan en sus curvas el estremecimiento del mar. Estrellas y virgularias cuyos tejidos semejaban femeninos trabajos de punto y a las cuales se esmeraban en darles colocación artística sobre los objetos de uso.

No lograba en ese momento Aurora, hallar ningún orden original para su trabajo, asediada por sus pensamientos. ¿Debía confiar a su madre lo que había oído y pedirle a su vez consejo? Era imposible. El problema planteado por Linda era a su vez el suyo, y quedó resuelto inexorablemente por su padre. Antes que un matrimonio que no asegurara su felicidad, era preferible la soltería. Y ella había desechado así, modestos pretendientes, cuyos defectos eran visibles, y cuando llegó el momento de amar..... no fué sino un sueño de pocas horas. ¿Y si a Linda le ocurriera lo que a ella, que veía huir la juventud, declinar a sus padres hacia el ocaso de la vida, y quedar sola sin el apoyo

de un sentimiento cualquiera, de un compañero, bueno o malo, pero compañero al fin?

Aurora experimentó algo que hasta entonces no conociera y parecía una rebelión interior y callada.

—Hija, — dijo de pronto la señora, — ¿no sientes una campana?

—No, mamá.

—Escucha bien.

—No oigo sino la sirena.

En la sala donde moría la tarde penetraba aún una luz difusa que la niebla hacía de alabastro. Volvieron a sus trabajos las señoras aprovechando los últimos reflejos del crepúsculo. Todo era quietud a su alrededor y apenas los pequeños caracoles, al chocar entre ellos con ruido hueco, lo alteraban. Aurora que jamás escuchara para sí otra voz que la de la obediencia, sin vacilaciones en la conducta a adoptar, rígidamente indicada por su religión y por sus padres, comprendía que no era posible someter a otros a la misma fórmula que se le aplicara a ella. Librada a sus propios sentimientos quizás se hubiera inclinado a resolver en otra forma su vida.

—¿Oyes, Aurora? — volvió la madre a preguntar.

Esta vez sí, pudo oír. Era como un doblar fúnebre de una campana perdida en la lejanía.

—Es la campana de Gorriti que suena.

—¡Mal tiempo éste que nos espera!

Aquella voz de bronce que advertía de vez en vez el peligro, llenó de angustia a Aurora. Recordaba al isleño para quien ese resonar, en la soledad en que vivía, era una obsesión infiltrada en su espíritu con una idea mordiente y suicida. De pronto pensó que su novio le hablara también en cierta tarde de esa campana melancólica, de Víctor Hugo y de *El hombre que ríe*. Fué tal la fuerza de aquel recuerdo, tan doliente sintió el doblar, que se levantó para cerrar la puerta y huir del amargo sonido.

Gruñó en sus goznes la puerta de canela y luego de clausurada la sala enmudeció profundamente. Aquellas enormes paredes donde se incrustaban los armarios y se abría la hornacina de la virgen de su devoción, aislaban del mundo entero. En el silencio de tumba zumbaron sus oídos por la presión de la sangre, y solo percibió la propia vida. El tumulto interior estalló más fuerte entonces. Creyóse, más que sola, sepultada. Aquel doblar funerario había quedado en sus oídos y las gruesas pa-

redes completaban la ilusión doliente de un sepulcro.

—Mamá, — dijo con una desesperación insospechada, — ¿no le parece que Linda debería casarse con Rodolfo?

—¡Muchacha! ¡Qué! ¿Estás loca?

Aurora no pudo más. Los pequeños caracoles cayeron de su mano y se dispersaron por el suelo.

—¡Hija mía! ¡Mi hijita! ¿Qué tienes?

—Madre, yo no sé. ¡Yo me muero!

Y las lágrimas incontenibles empezaron a correr por sus mejillas.

II

AL volver del Club esa tarde, don Lucas encontró a su señora con signos evidentes de una gran preocupación. Estaba junto a ella su amiga de confianza, doña Felicia, quien parecía estudiar un grave problema. Hablaba sin cesar, levantando las cejas y esgrimiendo el índice. Subrayaba y certificaba así sus palabras dándoles un relieve que sólo un escultor logra con su buril.

Don Lucas fué enterado inmediatamente, en medio de las exclamaciones de las señoras, del extraño estado de Aurora. Ante el silencio del padre, inmobilizado por la sorpresa, permanecieron calladas también las damas; pero, en cuanto don Lucas insinuó la necesidad de consultar al médico, doña Felicia no pudo resistir por más tiempo el silencio.

—Créame, don Lucas. No hay con Aurorita otra cosa que una neurastenia. Yo la conozco bien. En estos pueblos se necesitan distracciones. Vea qué cosa horrible los datos de Colonia y Maldonado. ¡El más alto número de suicidas del país! ¿Por qué? Porque son ciudades coloniales, en las que nada pasa, fuera de lo insignificante de nuestra vida. Al primer disgusto la gente desesperada se mata.

Hubiera seguido explicando causas y fenómenos, pero se detuvo al sentir sollozar a doña Julia.

—¡Por Dios, Felicia! ¡Qué... cosas dices! ¿Será realmente... así? ¿Estaremos... condenadas?

Don Lucas intervino para calmarla.

—No, mujer. Esas son cosas difíciles de conocerse bien. No hay estadística y todo se comenta por impresiones que se reciben de los periódicos. ¿No es así, doña Felicia?



Muy contenta de salir del mal paso en el que había caído, la interrogada se apresuró a agregar:

—Es muy natural, son cosas que se cuentan. Por alguno que se suicida, las malas lenguas suponen que todo el pueblo ha fallecido. Y como una muchas veces no fiscaliza bien lo que se le dice, porque viene de amigos, ¿eh?, no vayan a creer. Ahí está un posible error.

No quedó conforme, sin embargo, con lo que se vió obligada a aseverar. Algo guardaba dentro de ella, que la ponía incómoda y continuó, mientras se hacía la indiferente y se arreglaba detrás de la oreja un *chiffón* caído:

—Además el remedio es cosa fácil...

—¿Qué se te ha ocurrido hacer? — se apresuró a preguntar doña Julia, quien veía ya a su hija moribunda.

—Una cosa bien sencilla... Sin que ella se dé cuenta... pues...

Y ante la expectativa de los padres concluyó:

—...divertirla.

La solución dada al problema, pareció admirable. Todos comprendieron que era eso precisamente lo que le faltaba a Aurora, tan retraída y poco amiga de compañías. Hacerle olvidar un momento cómo

se vive y para qué se vive. Una dificultad hizo alar-
mar nuevamente a doña Julia.

—¿Y qué haremos para distraerla?

Doña Felicia dejó escapar una sonrisa llena de
satisfacción. Levantó las cejas, extendió su dedito
y subrayó en el aire:

—Eso corre por mi cuenta.

Estaba segura, su buen deseo se lo decía, que en
término brevísimo Aurora debía de reaccionar. En
seguida trazó su plan y se puso en campaña.
Doña Julia volvió a suspirar agradecida y don
Lucas dióle carta blanca para obrar.

Desde el día siguiente numerosas visitas inva-
dieron la casa de los Araujo con el fin de no aban-
donar a Aurora un instante. Se trataba de apli-
carle un revulsivo irresistible por medio de la com-
pañía obligada. El gran comedor, a la hora del te
resultó lugar de amables reuniones hasta entonces
desconocidas. Concurrió lo más significativo del
pueblo, como si fueran a fiestas. Allí se dilucida-
ban los temas más importantes y algunas señoras
no esquivaban la política. Se estudiaban las recetas
para los mejores bizcochos, y, en el piano de te-
clas amarillas, se quejaba hasta tres veces seguidas
la Serenata de Schubert.

Doña Felicia no abandonaba un instante a Aurora.

—Ven para acá, pícara. Cada día te encuentro más rosada y buena moza. Prueba ese licor de butiá. Es muy rico. Me lo mandaron de Rocha. Vamos, Aurorita, no seas remolona.

—Pero, doña Felicia, ¡si no me gusta!

—Bueno, bueno. No insisto, pero vamos al piano. Toca algo, tú tocas muy bien ¡como nadie!

Aurora se sentó al piano y dió comienzo a un estudio de Schumann, cuyos primeros compases escuchó doña Felicia con toda atención; atraída por un punto de macramé y un comentario de su vecina, distrájose al momento.

Doña Felicia volvió en sí cuando Aurora dejó de tocar.

—¡Espléndido, chica, espléndido! Ahora han hecho un tango que tiene esa misma música.

No se asombró Aurora de la observación.

—Es moda en algunos autores, — dijo con fatiga bien evidente. — Así se hace con facilidad cualquier composición.

Sus dedos recorrieron ágiles el teclado demostrando la verdad de sus afirmaciones.

—Este vals tan conocido está en sus trozos prin-

cipales en *Che gélida manina* de Puccini. La *Primavera* de Mendelsshon en un tango...

Doña Felicia no la dejó terminar.

—¿Y te parece mal? ¿No es mejor que nos den un buen tango, aunque sea tomado de Mendelson, a tener que oír uno malo y original?

Aurora se sintió tan hundida en lo insondable del problema que se le planteaba, que sus ojos parecieron extraviados mirando al vacío. Doña Felicia comprendió al verla azorada, que no la había acertado, y procuró una retirada honrosa.

Transcurrieron los días y las reuniones fueron cada vez menos densas. El grupo no se renovaba. Se perdió el interés, no llegaban novedades y los temas quedaron agotados. La Serenata de Schubert no tenía más comentadores junto al piano y se oía de lejos, cuando se oía; los scones ya se sabían hacer en todas las casas y doña Felicia se sintió, al fin, como abandonada.

Tuvo entonces un golpe de audacia. La noticia se esparció rápidamente: en breve se daría una tertulia de beneficencia en la cual Aurora tomaría parte principalísima. No cabía duda que en esta forma tendría que distraerse. Con entusiasmo vivo se empezó a organizar la gran velada. Se dividie-

ron los trabajos y se dieron a la ímproba búsqueda de obras en las cuales intervinieran niñas solas. Todos los obstáculos fueron subsanados por la buena voluntad de doña Felicia, quien no abandonó un punto a Aurora.

—Chica, te preciso. Tienes que vestirme este Pierrot. No te olvides del colorete. Mañana temprano tenemos que ensayar el coro. Tú acompañarás en al piano.

Aurora iba y venía, traída y llevada por las nuevas exigencias, hasta que llegó el día solemne. Desde la mañana había visto pasar muchachos cargando bultos de toda especie. Evitaban así los carros que destrozaban con sus barquinazos los objetos delicados. Se puso a contribución la ciudad entera. Los chicos transportaban los taburetes para el piano, bolsas de paja para rellenos de efecto, sillones y sofás destinados a la comisión organizadora que debía presentarse frente al público al iniciarse el acto. Los vivos colores de las cintas y de las flores indicaban que aquello no era una mudanza sino una fiesta. Los coros de niñas recorrían las calles alborotando como si se les hubiera pedido hacer "réclame" para la función. Los cantos son ya conocidos por el pueblo y todo el mundo sabe lo que

se va a hacer y cómo se va a hacer. La expectativa es inmensa. La fiebre penetra en los hogares y conmueve a las ancianas y a las maritornes. “¡Ay, quien pudiera asistir!” piensan las pobres sirvientas, y las amas caritativas prometen una remota posibilidad de asistir al hecho feérico.

En el salón del centro social, que se utiliza al mismo tiempo para cinematógrafo popular, es donde se desarrolla este espectáculo que suele llamarse “único”. Es costumbre adquirida que cada persona ocupe un lugar determinado y causaba extrañeza cuando alguien por una circunstancia fortuita se permitía tomar el asiento de otros. En algunos ángulos hay sillones que desde muchos lustros reciben periódicamente a sus dueños, sin que nadie recuerde que hayan sido ocupados, en las funciones cinematográficas semanales, por otras personas que por las indicadas como dueñas. Estas disposiciones no rezaban para los días de tertulia, y todos clamaban por sus asientos ocupados una hora antes de la indicada en los programas para dar principio al acto. Aparecían en el público señoras desconocidas — ¡hecho inaudito! — y los viejos se preguntaban: “¡Cómo! ¿Aquella es Fulana? El año pasado en la otra fiesta la encontré mejor”.

Y un sentimiento vago de algo que se disuelve y termina oprímia a los ancianos por unos instantes.

Pero la función empieza y el pensamiento vuela. Una orquesta con guitarras, mandolines y un clarinete inicia el programa. De vez en cuando el clarinete, que es el único que se oye sobre el rumor de las guitarras pulsadas con el vigor de los fuertes, raya el oído con una pífia estridente; sin embargo, la concurrencia no quiere dar muestra de haberla percibido, y el *vals sinfonta* termina con aplauso general. Luego se suceden recitaciones, cuadros plásticos, mármoles, y llegan, al fin, los coros ansiados. Las señoras vuelan atareadísimas, acaloradas; dan órdenes en alta voz; empujan, aprietan y arreglan a los niños. De Aurora ya todos se han olvidado supeditada ella también al éxito de la velada. Es preciso que el acto no sufra interrupciones y se cierra a la colmena de chicas, para que se "estén" en buen orden; y a los chicos, vestidos de pescadores, se les impreca para que no se lastimen con las cañas. Y mientras un señor grueso pronuncia un discurso lleno de imágenes familiares, la voz de las señoras de la comisión pasa a la sala y distrae a la concurrencia que no entiende nada. Por fin se entona el coro, los pescadores y las al-

deanas evolucionan un instante sobre el minúsculo escenario y desciende el telón, entre los aplausos generales y la última marcha de la orquesta.

Doña Felicia, radiante por el éxito alcanzado, besaba enternecida a doña Julia. Había sido una noche alegre, de triunfo total, en la que todo el pueblo había participado, y cuyo comentario llenaría la ciudad por tres días.

En el momento de salir del salón, doña Julia interrogó a Aurora.

—¿Estás conforme, hija, con el resultado?

—Sí, mamá, no lo esperaba.

—¿No ves que es muy entretenida esta clase de espectáculos?

Y como Aurora callara agregó:

—¿No te atreves a organizar otro?

—¡Oh!, no mamá! ¡Por favor!

Arrolló nerviosamente las músicas que traía en la mano y que durante un mes le tocara ensayar.

—¡Por favor, mamá! — suplicó. — Llévame a la estancia. Estoy cansada, nada más que cansada, y quiero estar tranquila. Ustedes creen que estoy enferma, pero no tengo otra cosa que cansancio.

Doña Julia nada dijo. Miró a lo largo de la calle, que había quedado casi inmediatamente desierta,

y silenciosa, y experimentó una vaga inquietud. En medio del camino la iglesia avanzaba su peristilo de elevados arcos toscanos bajo los cuales asomaba, sola y pensativa, la figura de higrómetro de almanaque de un franciscano barbado. Nada de lo que veía calmó la angustia que la dominaba. Doña Felicia, su consejera, estaba lejos, el pueblo dormía, y el propio don Lucas había quedado en la puerta del Club, comentando los éxitos de la noche. Hasta la silueta de Aurora parecía desvanecerse entre las sombras que llenaban las calles. Doña Julia sintió a su vez que la oprimía una extraña congoja. Creyó que todos los abandonaban y que su misma hija, huía de su lado.

—No cabía duda, reflexionó entonces, que Aurora tenía razón; era preciso dejar la ciudad cuanto antes para cambiar de *aire*.

III

Dos bancos largos que el uso barnizaba en los cantos y una mesa que los acompañaba en extensión y uso eran los grandes muebles de la

cocina comedor. El fogón estaba compuesto de dos piedras circulares no más altas que un escalón. Sobre ellas abría la boca la chimenea, de donde colgaba la olla de tres patas. A su lado hermanaban en color la caldera y la sartén con sus pieles de ollín, y relucía el jarro para el agua. Los platos debían estar en un cajón, el cual, a modo de arca antigua, guardaba el pan y servía de asiento. En una ventana se asomaban los cactus con sus flores sedosas y brillantes, y se movían suavemente los jazmines constelando el patio. Los blancos reflejos hacían a aquella pieza menos oscura.

Don Emeterio, sentado en uno de los bancos, miraba inmóvil hacia el suelo. En el otro extremo doña Gregoria se mantenía en idéntica posición. Al verlos, diríase que descansaban de algún trabajo penoso, pero, en realidad, era esa la posición acostumbrada. Ninguna fatiga pesaba sobre ellos, ni la vida les preocupaba mayormente. Con un empleo de guardacosta, don Emeterio subvenía a las necesidades más apremiantes de la numerosa familia. El alimento se resolvía con un criterio simplista: comían diariamente una sopa abundante que resumía toda la ciencia gastronómica, y sólo se comentaba la ausencia obligada de la yerba mate. La in-

dumentaria, pobre hasta el remiendo encimado, era como de cáscaras endurecidas sobre el trasero de los chicos. Por lo demás, estaban siempre alegres, como gente que vive al día, sin preocupaciones del mañana. Había en ellos algo de la alegría del paisaje de Maldonado. Almas del pueblo con mucho sol, llenas del azul del mar, sencillas, tiernas y abandonadas. Cualquier incidente les tomaba las horas con el comentario, pero, como en el pueblo ocurrían tan pocos hechos notables, se veían, a veces, obligados a un mutismo que les llevaba a la contemplación hipnótica.

Así se encontraban aquella tarde hasta que alguien pasó junto al cerco de piedra, desde donde podía verse el interior de la casa, y esto los hizo mover en sus asientos. Ya iban a murmurar alguna palabra, como para disimular su inmovilidad, cuando la sombra desapareció y ellos volvieron entonces a su posición de fakires, felices de no ser interrumpidos y poder dejarse llevar por el pensamiento vago. A lo lejos, en medio del pinar dorado al fuego poniente, se oían los gritos perdidos de los chicos revueltos. Esto los tranquilizaba.

Un momento después la misma sombra volvió a pasar junto al cerco. A doña Gregoria le pareció

necesario disimular su posición hierática y con voz que era como de ensueño, pero aún sin moverse, preguntó lentamente:

—¿Qué haces...?

—Pué... Mirando esa hormiguita...

Se sonrieron de su propia disculpa, aunque en realidad les pareció suficiente el motivo.

Quedaron así un momento aún, hasta que la sombra aquella volvió a pasar. Esta persistencia de un mismo fenómeno constituía ya un hecho raro. Don Emeterio fué el primero en levantar la cabeza para mirar con intensidad hacia afuera. Distinguió al paseante y dijo en seguida:

—¡Entra, Rodolfo! ¡Entra, hombre! No te había conocido. Siempre vienes por este otro lado. Te extrañé el cambio de mano.

—Tenía ganas de ver el tordillo — dijo Rodolfo, — porque me decían que estaba como una pluma y me fuí hasta el potrero.

Don Emeterio se sintió tocado. Su pingo que ya empezaba a envejecer, era su pasión. Le acompañó en las guerras, le servía en la paz, era el recreo de los hijos y el mayor lujo de la miserable vivienda.

—¡Todavía se aguanta flor! ¡Ni por ciento vainte pesos lo doy! ¡Qué! ¡Ni por plata ninguna!

Y ya en tren de conversación se apresuró a ofrecerle un banquito.

—Anda, siéntate y cébale un mate, Gora.

Mientras Rodolfo cruzaba por un agujero del cerco y tomaba asiento en el patio, don Emeterio continuó:

—Ni has de creer lo que me pasó un día con este caballo... Por eso lo quiero. Más fiel que un perro.

Y empezó su relato. Se expresaba en forma original, mezcla de español antiguo y modismos regionales, sobre todo cuando le interesaba el interlocutor.

—Dispués del 904 me dejaron de Guarda. El Coronel m'ayudó con el empleo. ¡Buen hombre el Coronel! Había sabandija po la costa que daba qué pensar. Claro, toda esa gente me conocía y me trajieron de seguida la carga. Yo me cuidaba, pero en cuanto menos se piensa... Una noche lleguemos con el Capitán a la Barra y paremos en lo de mi compadre Pedro. El Capitán creiba que yo le pastoriaba las muchachas y se puso en contra mía. Así que cuando garremos los malevos que se alzaban con un cargamento de un naufragio, me la juraron y él se les juntó. Ni me preocupé de esa gente; pero yo no sé cómo pudo ser, una tarde, al

pasar el Corte de la leña, en medio del monte, sentí que mi caballo se espantaba y, al mismo tiempo, un golpe en la cabeza. Después más nada. Cuando desperté por el aire fresco, estaba medio enterrado en la arena. Pero ¡cosa bárbara!, mi caballo y mi cuzco al lao. ¿Es de creer? De seguida me di cuenta. Me habían desmayado a golpes y me enterraron por muerto. ¡La felicidad que al enterrarme en la arena m'echaron el poncho a la cara! Eso me protegió y quiso la suerte que el cuzco encontrase la punta del poncho y empezara a escarbar hasta que me dió aire. Esto me salvó. Desperté, salí como pude del aujero y me fuí a casa. No dije nada a naides hasta curarme bien. Entonces me vine hasta la casa del compadre Pedro. Estaban cenando. Yo me le acerqué por atrás y cuando estuve al lao le puse la mano en el hombro y le pregunté:—"¿Cómo le va, compadre?" Ni por pienso me imaginaba lo que iba a suceder. Me miró con los ojos como encandilao, dejó caer el cuchillo y no habló ni una palabra más. Dos días después lo enterraban a él. Se había muerto de susto creyéndome un ánima en pena.

Don Emeterio tenía su vida entrelazada con estos accidentes a los que él no daba gran importan-

cia, pero contaba con gusto para matar el rato. Aquel paisano sabía como todos los de Maldonado, anécdotas de las guerras civiles, había visto muchos naufragios y no dejaba de aconsejar algo conveniente para la cría de gallos ingleses. La conversación era así variada y entretenida. De apariencia tranquila y severa, la barba blanca en las puntas y aún renegrida en el mentón, le daba un aspecto característico que su traje, siempre negro, acentuaba. Vestía corrientemente saco y pantalón, pero el paisano asomaba debajo del chaleco en el cinturón adornado con grandes monedas de plata. Tenía autoridad patriarcal y su palabra pesaba con fuerza. Un respeto que se traslucía en su aplomo le acompañaba siempre y los hijos contestaban con un apresurado "Señor" a cada pregunta suya.

Iba a comenzar un nuevo relato porque veía en Rodolfo un raro y atento interlocutor, cuando divisó a Ermelinda. Venía llevando los chicos delante suyo a manera de defensa. Con su tono natural y grave dijo entonces don Emeterio:

—¡..Tá güeno! ¡Qué horas!

Ermelinda sintió el reproche e insinuó una disculpa:

—Los chicos estaban imposibles. Los busquemos y no les hallemos por ninguna parte.

Los chicos quisieron defenderse, pero el padre los espantó con un ademán y todos escaparon para el "sitio" perdiéndose entre las zarza-moras y las cañas.

—No me gusta que te retrases, Linda — agregó el padre. Tienes que ayudar a tu madre que está vieja para estos trotes.

Calló Linda, sumisamente, sus disculpas, y fuese a un ángulo del patio donde comenzó la eterna tarea de costura que los pequeños le suministraban diariamente.

Rodolfo la contemplaba con una sonrisa que tenía mucho de sarcástica. Aprovechó un momento que don Emeterio salió a dar agua al caballo y doña Gregoria se disponía a arreglar la cena, para murmurarle:

—Me estás jugando feo.

Con una expresión indefinible, Ermelinda le miró largamente.

—Contéstame, pues, — continuó él. ¿Por qué no viniste?

Los ojos de Ermelinda se empañaron nublados por la emoción.

—Porque... porque... no pude.

—¿Y esta noche?

—Tampoco...

—¿Entonces?... ¿No quieres que vuelva más?

Hablaba con voz contenida, dejando caer las palabras, como algo penetrante que pudiera hacer llegar de punta al corazón.

—Ya me imaginaba que no tenías cabeza, ni sabías querer. Pero no por eso yo te voy a olvidar. Anoche te esperé en el cerco del fondo. ¡Toda la noche! ¡No tienes alma! Solamente un cariño como el que te tengo puede resistir a tu capricho.

La voz hacía cálido y expresiva, estaba en su tema y su papel. Sin exagerar la nota lírica, sabía que causaba efecto, porque él intuía bien que los ojos de las mujeres que aman y los oídos ansiosos de voces amorosas ven y oyen más allá de las palabras y de las cosas.

—Linda mía, yo sé que tú me quieres como yo te quiero. Tengo la necesidad de un amor como el tuyo. ¡Y tantas cosas debo decirte! Pero aquí es imposible... Esta noche..... ¿Me esperarás?

Había quedado ella inmóvil bajo el jazminero que abandonaba las flores sobre su cabellera. Aquel árbol semicentenario, denso en ramas, hacía el mi-

lagro de llenar de blanco el patio. Los jazmines caían sin interrupción, girando como hélices y se depositaban en el suelo, casi luminosos, absorbiendo la última luz de la tarde.

Respondiendo a un mandato lejano, Linda contestó lentamente:

—No te esperaré.

En el patio se hizo nuevamente el silencio, que interrumpía el sonar metálico del dedal al empujar la aguja resistida por los gruesos tejidos.

Mientras, los jazmines continuaban cayendo sobre el suelo y sobre los cuerpos. Diríase que el viejo jazminero quería vestir de blanco a aquella virgen que así ofrendaba toda su juventud en un renunciamento de amor.

—¡Linda...! — suplicó Rodolfo.

Y Linda, con suave acento, suspirado:

—No te esperaré.

Quedaron un instante inmóviles. El dulce perfume llenaba el ambiente, y cuando Linda quiso retomar sus costuras, tuvo que volcar como de un canastillo las flores que continuaban cayendo sobre ella como una corona o como una mortaja.

Cuando todo dormía en la casita, perdida la noción de las horas, Linda se incorporó en la cama. Una angustia extraordinaria le obligaba a levantarse mientras se sentía desfallecida. Todo callaba a su alrededor. Sólo las respiraciones rítmicas de los chicos que dormían a su lado subrayaban el silencio. Había dejado la puerta entreabierta para renovar el aire y por ella penetraba la dulzura de la noche de luna. Apenas un vibrar vago de un insecto amante subía en el aire blando y perfumado. Se sentía sola y profundamente triste. La juventud que estallaba en sus arterias hablaba en esa hora con una fuerza desconocida para ella. Tenía la obsesión de la imagen del hombre que supo hablarle con frase insinuante y en vano procuraba rechazarla porque estaba en todas sus fibras y parecía infiltrada en su misma vida.

Era preciso, sin embargo, renunciar. La amarga, temible frase, había dicho su amiga: "Encontrarás otro mejor" y ella podía esperar siendo tan joven. ¡Ah, sí; Aurora tenía razón! No es con espejismos de una hora como se llena una vida.

Se levantó suavemente, cubriéndose apenas con los vestidos a modo de capa y se dirigió al patio. Allí respiró mejor y sus nervios parecieron cal-

marse. La luna deformaba con amor todas las cosas. La zarza-mora que cubría el cerco parecía un gran manto tendido sobre el césped. La pátina del viejo muro era bajo sus rayos un terciopelo verde plata. Las paredes semi derruidas, hirsutas de flechillas y margaritas, parecían estremecerse a la brisa como si se les hablara con las mismas palabras que sus oídos buscaban. A su alrededor creía oír voces que le decían: "¡Vive, vive! Sólo la vida es hermosa. Cuanto hay de belleza a tu lado no es otra cosa que la vida que es Amor. Contempla cómo estos mismos muros ya en escombros, muertos, ofrecen sus alvéolos al hinojo y a las lilas para que triunfe una vez más la vida. Vive, vive dulcemente, y escucha a tu corazón que te dice la palabra inmortal."

Sin conocer la causa que la impulsaba, Linda se puso a caminar por el patio. Una caricia que venía de lo infinito, palpitaba en sus carnes y la hacía mover a su pesar. Sus pies descalzos pisaron la fina y espesa gramilla del sitio y una extraña excitación la dominó en lugar de calmarla. Un rosal que hundía sus raíces entre los ladrillos del muro levantaba en alto una rosa blanca, casi luminosa a la vaga luz lunar. Ella la miró durante un rato,

su alma sentía la elocuencia de lo que la rodeaba. "Paz, dulce paz, repetía a su alrededor la flor abierta a la luz y al aire en este muro. Contémpame, mira cómo mi existencia es amable y vigorosa en este elevado parapeto, lejos de la tierra que debiera fecundarme. Desde lo alto donde moro siento que la vida es aquí cosa fácil. Un poco de savia, un poco de humedad, que el viento me trae, un beso de sol. Aprende de mí a amar la vida humilde, solitaria."

Linda fué aproximándose al cerco sin advertirlo, y junto a él, en el rincón que guardara sus primeras confidencias de amor, se sentó a murmurar sus palabras de renunciamento: "Esperaré... esperaré". Reclinó la cabeza entre unas matas de hojas suaves, y sintiendo el frescor del aire nocturno y la impalpable caricia de la luna y del perfume, quedóse dormida.

Fué así que a la hora indicada, al pasar Rodolfo, seguro de que sería esperado, encontró a Ermelinda. El no había dudado un instante. Sabía que era cuestión de tiempo y de ocasión. Por eso no abandonaba ninguna posibilidad, volviendo, a pesar de las negativas de Ermelinda, pues conocía que tenía el aliado más fuerte en su dulce naturaleza

amorosa, y en su juventud, ofrecida a él en el abandono de la amistad que le profesaba la familia.

Y cuando la vió dormida entre la hierba, mostrando sus pies desnudos, la ligera ropa que los senos erguidos levantaban, el cabello suelto en un abandono total de sí misma, una ola sensual le hizo estremecer. Con la intuición que da una honda psicología, comprendió que no debía despertarla. Sentóse calladamente a su lado y la fué tomando entre sus brazos con el ademán que acostumbraba junto a ella.

Así fué que al abrir los ojos Ermelinda, no le pareció extraño sentir la caricia amorosa. Todos sus propósitos, las voces que murmuraban a su alrededor "aun es temprano... espera..." callaron ahogadas de improviso. El fuego sensual que a su lado ardía consumió su última resistencia.

—Ya sabía que me esperabas — murmuró Rodolfo, quien a pesar de su ansia interna guardaba aparente serenidad.

—¡Qué haces!.. ¡Vete!.. ¡Vete!..

—Ya sabía que me esperabas...

—No, yo no te esperaba. Estoy aquí porque me sentía mal.



—Sí, ya lo sé. Y te viniste aquí porque está fresco... y me quieres un poco...

—Vete... vete... no sigas...

—Ya me voy. Espera... tengo que decirte...

Pero las palabras eran vanas y callaron los dos impulsados por las ondas que les asaltaban. Y así estuvieron largamente abrazados, quietos, estrechamente adheridos uno al otro, hasta que, sin lucha, como algo escrito en medio de la noche ideal que extendía vagas, suavísimas nubes y deformaba con amor las cosas, Ermelinda ofreció su cuerpo a la nueva vida que cantaba en el fondo de su corazón.

IV

EN la carta que le escribiera don Lucas le “pedía” a Ermelinda por un tiempo, hasta tanto Aurora se mejorara. Estaban en la estancia desde muchos meses atrás y la pobre extrañaba la falta de compañía y su enfermedad progresaba sin causa aparente alguna.

Don Emeterio juzgó que era preciso marchar esa

mañana. Pidió prestado a su vecino el "pampero", coche de dos ruedas que salvaba fácilmente la sierra, y ató a las varas su pingo. En pocos minutos estuvo dispuesto y esperando en la puerta.

Mientras, Ermelinda, no terminaba con los arreglos buscando hacer tiempo. Sus ideas se confundían con la emoción del momento. Debía marchar quizás por muchos días y abandonar a Rodolfo, sin una palabra explicativa. El urgente llamado podía más que todas las previsiones. Los minutos apremiaban y nada se le ocurría. Oyó a don Emeterio que golpeaba con el mango del látigo en el piso del coche y al mismo tiempo decía: "Siempre igual: mujer y maniador", y tuvo que decidirse.

Ya se impacientaba don Emeterio cuando apareció Ermelinda con su pequeño hatillo de mano, todos los chicos a su alrededor y la madre que saludaba detrás de la puerta para no mostrarse con los vestidos de entrecasa.

Los chicos, descalzos y apenas cubiertas sus carnes con escasas ropas, procuraban escapar a la calle, esquivando el manotón maternal que los retenía por recato dentro de la casa.

—¡Adiós! ¡Adiós! le decían con ese suave hablar, que aún es patrimonio de los niños de Maldonado.

No te olvides de mandarme muchos butiá bien dulces.

Y otro:

—Cuando vuelvas tráeme un charabón.

El más pequeño se afanaba:

—¡Linda, pa mi un guazubirá!

—¡Sí, sí! repetía Ermelinda, para todos, para todos.

Bien sabían ellos, que poco o nada deberían traerles, pero era una forma de soñar despiertos y esto los divertía en extremo.

El “pampero” arrancó, al fin, hundiendo sus llantas entre los pequeños montones de arena de la calle.

—¡Acuerdos, muchos acuerdos! encargó la señora, y poco después ya no oyó Ermelinda voz ninguna.

Sintió en ese momento que la invadía su pensamiento dominante. Habían transcurrido muchos meses de noviazgo sin que Rodolfo cumpliera otra promesa que la de visitarla por la noche. Se estremecía pensando que quizás ella no fuera ya otra cosa que “una historia más” y, aún cuando ocultara su falta, la murmuración podía llegar hasta los oídos de su padre. Contemplaba, entonces, a don Emeterio con

un sentimiento de terror como si de los ojos severos de su padre y de sus manos fuertes surgieran rayos fulminadores.

Como coincidiendo con sus ideas, don Emeterio preguntó:

—¡Y Rodolfo, que no se le vé casi! ¿Ya no te arrastra el ala?

Nada dijo Ermelinda. Su amor era la cadena de hierro y de flores, mezcla de angustias y de felicidad que anuda a los sensuales. Estaba suspensa en su delito, vibrante aun de pasión y viendo que, sin embargo, fibra a fibra, era fácil romper el lazo que la unía a la vida.

—¡Eh! muchacha. ¿Qué callas tanto?

Ermelinda se estremeció y quiso disimular.

—Venía mirando las sierras, le dijo. ¡Están tan lindas!

Habían dejado la calle Rocha, en cuyo fondo se levantaban los pechos azules y redondos de una sierra que se iba a hundir en el mar. Sobre ellos la cruz de unas misiones se recortaba, pura como un recuerdo piadoso y cristiano sobre el paganismo de los montes.

Y por el camino que el granito hacía rosado y las hierbas recortaban en verde esmeralda, el “pampero”

empezó a subir como una mosca negra la falda azul de la sierra.

De pronto don Emeterio detuvo el vehículo.

—¿No sientes algo, arriba de la capota, que araña?

Casi inmediatamente, respondió Ermelinda:

—Es mi Linda Bolita que se ha venido detrás de nosotros.

Don Emeterio quiso echarla asustándola, pero la paloma luego de volar un trecho volvía de nuevo a subir a la capota y desde allí arrullaba. Fué preciso dejarla y durante todo el viaje se mantuvo alargando su cuello para mirar a su ama, pero sin atreverse a bajar por temor a don Emeterio y a su látigo.

Sin cambiar palabra, caminaron así durante largas horas. Ya habían dejado detrás los pinares que cubrían las faldas de las lomas y se esfumaban como un marco de bronce en la lejanía, y ascendieron por el Abra del Mallorquín donde los cerros muestran cumbres repujadas en plata oxidada. Entre sus faldas se veían subir los cercos de piedra y, marcando solitarias y grandes O, los centenarios corrales de granito.

Distinguieron en lo alto de un cerro una arboleada frondosa, y don Emeterio anunció:

—Pronto estaremos. Crucemos la laguna del Sauce, y de ahí es un paso.

Sintiendo el fin del viaje se animó su conversación.

Se dispuso a hablar, entonces, de los Araujo. Él tenía un gran respeto por aquella familia cuyo origen se señalaba ya en la época de la fundación de Maldonado. Es claro que en la parentela había de todo, pero merecían siempre atención aquellos descendientes que conservaban con el antiguo nombre algunas viejas propiedades y cierto tono aristocrático. Verdad era que don Lucas había tenido que hacer las suyas para no consumir la herencia, y algo se murmuraba de negocios demasiado hábiles, en los distintos cargos que ocupara. Pero eran estos procedimientos tan comunes que no alteraban su línea de señor de abolengo, ni don Emeterio se atrevía a clasificarlos como malos. Los tiempos difíciles obligan a muchas cosas, y don Lucas como tantos otros, se había visto obligado a actuar de procurador, aceptar algunos puestos en el municipio, comprar y vender productos rurales, transformando, al fin, sus pergaminos bajo la influencia del trabajo

de acaparador de frutos del país. Así elaboró una pequeña fortuna, redondeó su heredad, alcanzando al mismo tiempo si no el afecto, el respeto de sus coterráneos quienes en su sencillez contemplaron siempre el nombre de Araujo, como sinónimo de integridad e inteligencia.

En una de las vueltas del camino encontraron de pronto el coche de la familia de Araujo. Venían a esperarlos, pues de los altos del mirador se alcanzaba a distinguir el camino de Maldonado, y notaron desde hacía rato el *pampero* en dirección a las casas.

Sobre el hombro de don Lucas asomaba Aurora su cara sonriente y pálida. Los ojos parecían agrandados, profundos y tristes. Ermelinda se conmovió al observarla y apenas pudo devolver el cariñoso saludo que desde el coche le hacían. Aquella mirada interrogante narraba toda la historia de su dolor y comprendió en seguida lo que nadie intuía.

Muy contenta doña Julia al ver caras nuevas y animado el semblante de Aurora, gritó con algazara antes que el coche se detuviera:

—¡Buenas tardes, don Emeterio! Vente con nosotros, Linda. Ven aquí, buena pieza, que Lucas acompañará a tu padre.

Clavaron los caballos los cascos entre las piedras

del camino procurando detener el vehículo, que los arrastraba en el declive. Dos piedras agudas calzaron, al fin, las ruedas, y se inmovilizó con un golpe seco.

Se saludaron con mucha efusión las señoras, gravemente los hombres, y, una vez cambiados los asientos se reanudó la marcha.

Poco después llegaban al "Mirador de Araujo" sin que doña Julia hubiera cesado de hablar un instante, interrogando sobre las novedades del pueblo y dando las suyas a Ermelinda, quien apenas respondía estrechando entre sus manos las de Aurora.

Sobre una ancha roca cortada a pico levantábanse gruesos pilares cilíndricos, sin basamento ni capitel. Se unían solamente en su parte inferior por una baranda que servía de parapeto para evitar las caídas al valle. Esa columnata de la época colonial daba al frente de la casa el aspecto característico de obra no terminada que las viejas viñas y los frescos rosales corregían, tendiéndose entre ellos como en una pérgola. Debajo cenaba en el buen tiempo la familia Araujo. Desde allí se veía el valle, y, en las tardes tranquilas, se oía el lejano balar de las ovejas

que ascendían por los senderos en largas filas articuladas.

Esa tarde habían anticipado la hora de la comida para hacerle compañía a don Emeterio quien deseaba volver aprovechando "la luna y la fresca".

Esperaban alrededor de la mesa el punto del cordero que asaba Teresa al aire libre debajo del peñasco. Frente a la balaustrada subía el humo en nubes dispersas, llevando el olor apetitoso. Descansaban los peones en el galpón de donde salía un rasgueo de guitarras, que acompañaban el viejo estilo de la Guerra Grande mantenido por tradición en la casa. Sobre la mesa el sol daba a través en las copas llenas de vino y en el botellón de cristal con miel de camuatá y allí se fijaba en un incendio de rubíes y topacios cambiantes.

—¿No le parece, amigo Emeterio, consultaba mandando don Lucas, que es mejor comer derecho no más del asador?

—Seguro, respondía el interpelado. A pedacitos, bien caliente, con la salmuera en el plato y ¡esconda no más!

Los peones trajeron el asado y, junto a la mesa, sostuvieron los largos hierros dejando que cada cual eligiese la presa de su gusto. Aún se sentían crepi-

tar los tejidos que iban destilando los jugos sobre las losas del piso. Cuando se hubieron servido y comentado el punto magnífico, siempre mejor que todos los corderos hasta entonces paladeados, don Lucas retomó su gravedad habitual, entablando la conversación con frases generales como era su costumbre.

—La seca nos perturba. No vamos a resistir mucho tiempo esta situación en el departamento. Puede ser grave.

Don Emeterio, como interlocutor único y obligado, contestaba:

—No hay que decir. Las aguadas carecen limpiarse. Tendrá que venir una buena creciente del arroyo. Una lluvia que incharbe el campo.

Don Lucas guiando el tema recordó de pronto un buen negocio que podría hacer con don Emeterio. Se trataba de colocar la yerba que producían los montes del Aiguá. Don Emeterio un poco alarmado se resistía.

—La probemos, don Lucas. La yerba no es mala, no digo que nó; pero... algunos, usted sabe, que son gente delicada...

—¡Y qué! ¿Más que nosotros? ¿No es verdad Julia?

Doña Julia enrojeció no atreviéndose a desmentir a su esposo. En cuestiones que tenían que ver con negocios, las mujeres nada pueden afirmar salvo que se las tome como testigos para confirmar algo vacilante.

—Si... dejó escapar, al fin. Como es fuerte a algunos les agrada.

No pudo añadir más porque bien sabía que aquella yerba mal preparada con procedimientos rudimentarios, causaba trastornos a cuantos la habían ingerido, y por otra parte don Lucas realizaba un buen negocio vendiéndola para el comercio local.

—Mejor que sea fuerte, continuó don Lucas. Se entrevera y cualquier yerba resulta de primera calidad. Usted se ganaría muy buenos pesos colocándola en Maldonado y San Carlos. Son plazas que consumen mucho. ¿No le parece?

Con mucha habilidad, don Emeterio, y manteniendo su línea de respeto, procuraba no aceptar aquel negocio que podría acarrearle más de una crítica.

La conversación giró alrededor del tema sin llegar a una solución. Callaban las señoras oyendo las graves frases y esperando que los hombres terminaran tan importantes comentarios.

Aprovechando un instante de silencio doña Julia procuró desviar la conversación.

—¿No te parece, Lucas, que es la oportunidad de hacer algunas excursiones con las muchachas, ahora que está Ermelinda?

Y doña Julia contenta al notar cada vez más animado el semblante de Aurora, añadió:

—Hemos descubierto un paraje que es muy hermoso, sobre la laguna, y otro en el cerro. Al cerro irán ustedes porque no tengo fuerzas para subir nuevamente, pero a la laguna los acompañaré. Se pueden pescar muchos cangrejos de barranca. Hemos traído canastos llenos y es muy divertido pescarlos.

Doña Julia empezó a dar detalle de las excursiones realizadas, que eran del gusto de todos, pues terminaban como don Lucas quería, con suministros para la cocina.

La negra Teresa iba, mientras tanto, de un lado a otro, sirviendo el vino tinto de la granja, llevando el pan casero, sonriendo a todo el mundo con una actividad y amabilidad desconocidas.

—Vamos a ver, don Emeterio, — dijo la señora, mientras le servía una copita de guindado, — ¿has-
ta cuándo nos presta a Ermelinda?

Después de dudar un instante, contestó don Eme-
terio:

—Hasta que disponga Aurorita.

—Ya pueden ir acostumbrándose a estar sin Lin-
da — se apresuró a decir la aludida. De aquí no
se va más.

—Siempre que no se contagien las dos...

—No sé por qué — agregó Aurora.

—¡Bah! hace un rato estaban de conferencia y
de mala cara.

—Es que... — dijo titubeando Ermelinda, —
no tenía seguridad de quedarme muchos días y esto
me contrariaba.

—¿Era eso? — preguntó la señora.

—Así era, — dijo Linda, tratando de escapar
de las miradas inquisitoriales. — Como tenía tanto
trabajo atrasado pensé que podía hacer dos viajes.
Ir hoy y volver dentro de dos días...

La protesta fué general. Ermelinda comprendió
que sus deseos la traicionaban y tuvo que confor-
marse con la sentencia del padre.

—Larguito es el viaje, para hacerlo tan a me-
nudo. Como eres joven no te desanimas; pero es
demasiado. Por el trabajo no hay que ocuparse.

Tu madre sabrá arreglarse por un tiempo y de no a tu vuelta te esperarán los trapos.

Ermelinda no dijo más y como la cena había terminado con el servicio de dulce y miel, don Emeterio se apresuró a subir al "pampero" que esperaba atado, desde hacía una hora.

Arregló, don Lucas, sobre el pescante, un corderito mamón, desollado, que enviaban como presente a doña Gora y después de revisar los arreos y atender a otros detalles del viaje, dijo con tono confidencial, aprovechando la ausencia de las señoras:

—A ver, amigo don Emeterio, si me coloca esa yerba. Usted tendrá muy buena comisión.

—... ¡pcha digo!, don Lucas. Usted sabe que no soy capaz de... hacer nengún negocio...

—¡Qué no va ser! Además, mire...

Y bajando la voz añadió, haciendo con el pulgar y el índice el clásico ademán:

—...mis asuntos no andan muy bien y "necesito"...

—Si es así — dijo don Emeterio repentinamente decidido —, no tengo inconveniente... porque es un servicio... y porque debo hacerlo...

—Me parecía, — concluyó don Lucas con voz

alegre, feliz de haber hallado el argumento decisivo, — que no me iba a dejar solo...

—¿No somos amigos? — concluyó don Emeterio, sintiendo el imperativo de esta palabra sagrada que todo lo autoriza.

El coche arrancó en ese momento y un instante después la familia reunida seguía desde lo alto del mirador al vehículo que, lentamente, en la distancia y en la penumbra, se esfumaba.

V.

HACÍA un buen rato que la morena Teresa daba vueltas por el galpón sin hallar lo que buscaba. Don Lucas la veía ir y venir en vano y la dejaba hacer. Tenía para las cosas de la sirvienta esa tolerancia y supeditación a que obligan los viejos servidores. Se indignaba contra ella pero sordamente, porque la hija de los antiguos esclavos de los Araujo, se consideraba como de la casa. No era, a pesar de esto, más que un objeto, y hubiera causado extrañeza si alguien viniera a reconocerle un estado civil y dignidad de persona. Por otra

parte, Teresa, mecanizada, adaptada a las múltiples funciones de un casa, poseía la resignación de los esclavos. Si bien solía levantarse de mal humor, no se atrevía a descargarlo contra nadie. Perseguía entonces a los zapatos arrojándolos con la escoba a lo más profundo de los rincones, obligando a todo el mundo a encorvarse bajo las camas en una pesca llena de exclamaciones y protestas. Era ésta su única muestra de autoridad y signo de persona. No tenía otra manifestación de ser. No percibía salario y vivía del desecho. Cuando se servía el asado a ella le tocaba el que había estado reseco en el aire, y apenas podía masticarse de duro. De los vestidos, el roto; de los botines, el más apretado. Pero comía con fruición su torta reseca y aun le quedaba vanidad para lucir el resto de charol del zapato destripado.

Don Lucas se volvió de pronto, interrogándola:

—¿Qué vas a hacer, mujer, si no sabes aguantarlo?

Reprochábale su pretensión de querer bajar sin ayuda, del altísimo mástil donde exponían la carne, colgada al aire y al sol. Allí se libraba de las moscas y sabandijas, aprovechando la corriente de aire fresco que de continuo pasa por las alturas.

—Es que no hay naides que me ayude.

—Vamos, Teresa. Ya estás chocha. Deja eso que mandaré un peón para que baje la res.

Teresa se apresuró entonces a decir:

—Mire, patrón, no mande a ninguno. Ei venido yo mesma porque sabía que usté andaba solo po el galpón y quería hablarle sin que me oyeran.

Y después de este exordio que dejó intrigado a don Lucas, prosiguió diciendo con energía:

—¿Sabe qué más? Hace días que pa mí ocurre algo ¡lo que no se sabe!, entre las niñas; que no le quieren decir a usté.

—¿Y ese misterio?.. — se interrogó, más bien que preguntó don Lucas, a quien le afectaba sin poderlo disimular el tono de secreto de Teresa.

—Pué... nada, — continuó ésta, — que se pasan llorando las dos. Po cualquier lao que las encuentro siempre parece que acaban de llorar. Ayer estaban en la piedra grande arriba el cerro, y la niña Aurora parece que leiba algo y la niña Ermelinda lloraba. Dispués, la niña Ermelinda le hablaba y la niña Aurora lloraba. ¿Sabe qué más? Yo me juí sin allegarme. Estas niñas se enferman sin salvación. ¿No le parece?

Y como don Lucas callara sin demostrar que to-

maba en cuenta sus palabras, prosiguió de mal gesto:

—¿Sabe qué más?... ¿Usté se hace el desentendido?

El silencio de don Lucas la exasperó y para sacarlo de su mutismo dejó escapar con aire de prevención una frase.

—Ta güeno... cuando sepa otra cosa no se hará...

Don Lucas abandonó bruscamente la sogá que había quitado de manos de Teresa y procuraba atar en el mástil. Comprendió de pronto, que las reticencias de Teresa, su voz baja, el tono protector, ocultaban algo que podía ser real y grave.

—¿Qué estás diciendo, Teresa? Vamos, ¿qué es eso que te estorba en el buche? ¡Vamos!..

El tono era amenazante y autoritario y Teresa temió haber dicho demasiado.

—¡Por Dios, patrón! Hace días que tengo ganas de decírselo, pero no me atrevo.

—¡Vamos, pronto!

—Aura... aura, aura verá...

Vaciló aun Teresa, se acercó a la sogá, la tironeó dos veces, como si esperara que algo llegase de lo alto y por fin, dijo:

—Anoche, anteanoche, trasanteanoche, la niña Er-

melinda se levantó y se jué hasta la portera pa hablar con una persona que pa mí es mala prenda conocida.

Aquellas afirmaciones hechas de pronto parecieron inverosímiles a don Lucas, pero palidció sintiendo la posibilidad que ocurriera una infamia en su casa. Con el mismo tono que Teresa, dijo entonces, tartamudeando de coraje:

—Dime, morena: sin cuentos, ¿qué has visto?

Ya recuperada Teresa siguió detallando sin hacer caso al tono de don Lucas.

—¿Pa qué quiere que le diga más? Yo no sé más tampoco. A eso de las once, cuando todos dormían, sentí que llamaban a los perros. Miré por la ventanita y vide a la niña Ermelinda que dentra en su cuarto. A la otra noche la vide salir, y, dejuero, que ni qué hablar, seguirá no más.

—¿Estás segura? —interrumpió don Lucas.

—¡Si estoy segura! ¡Miren qué cosa! como para equivocarse. Si una juera nueva en estos trotes.

—¡Cuidado Teresa! Que no vaya a ser que andas con la cabeza revuelta y chocheando.

La desconfianza de don Lucas ofendió en su amor propio a la morena. Con tono de fastidiada dejó escapar:

—¿Sabe qué más? Pa mí que es tarde. ¡Ni se incomode! No carece. Fijese bien en la niña Ermelinda. Está pesada.

—¿Qué dices, vieja?

—No carece... Está pesada. Pa mí que está. Pero como es tan repartida..

—Estás disparatando. No es posible, — replicó colérico don Lucas. — ¡Una muchacha tan buena! Vete de aquí y métele en tus ollas.

—...Tan repartida— repitió Teresa al marcharse. — Igualita que la madre. Ni se le nota de tan bien repartida...

VI

Las dos amigas habían subido a lo alto del cerro para dominar el valle, abierto en el espejo de la laguna, y a los médanos lejanos que disolvían su oro claro en el azul del mar. Agradábale ese lugar a Aurora, porque desde allí el valle tornábase silencioso y parecía mostrar sólo colores y ya no formas. Los tonos surgían extrañamente afinados. Largas tintas lilas, verdes y amarillas, iban desde el campo al mar como caminos ideales. Desa-

parecían las cosas en la ligera bruma que invadía el paisaje y todo llevaba al espíritu algo vago y armonioso que las almas tristes condensan en una lágrima.

Aurora, que era siempre la maestra frente a su amiga, la iniciaba en las nuevas cosas que hasta ella llegaban. Ermelinda repetía versos, viejos versos románticos que nada tenían de camperos. Gustaba esa literatura que para ella era de selección porque la levantaba a una región desconocida e inesperada. En cambio Aurora sólo aprendía algunas estrofas, como a su pesar, cuando las hallaba en libros selectos y no muy conocidos y que decía luego con extraño acento patético.

Con voz íntima, no más fuerte que lo necesario para que la escuchara Ermelinda, mientras los corredos y las cabras descendían de los mármoles de la cumbre presintiendo la noche, Aurora empezó a recitar:

Eramos tres hermanas. Dijo una:
"Vendrá el amor con la primera estrella"...
Vino la muerte y nos dejó sin ella...

Eramos dos hermanas. Me decía:
"Vendrá la muerte y quedarás tú sola"...
Pero el amor llevóla.

Yo clamaba, yo c'amo: ¡"Amor o Muerte"!
¡"Amor o Muerte quiero!"
Y todavía espero...

Al finalizar el delicado verso, Ermelinda comprendió toda la honda melancolía que él encerraba.

—Esperar... esperar. Tiene razón, pero para mí...

Y como quedara silenciosa, los ojos llenos de lágrimas, Aurora le dijo tomándola del talle.

—Para tí, ¿qué, mi pobre Linda? ¿qué puedes quejarte tú, si aun no sabes ni lo que es sufrir?

Ermelinda no pudo resistir ya a su dolor. Toda la angustia que la conmovía, la amargura profunda de su vida, desbordó en lágrimas incontenibles, y Aurora oyó palabras insospechadas.

—Aurora, debo decir algo que no puedo.

—¿Qué tienes, Linda, qué tienes? — repitió ansiosa.

—Aurora... yo... tú sabes... Rodolfo...

Y ante el asombro de su amiga, Ermelinda le refirió la pobre historia de sus amores nacidos y muertos sin saber por qué. Ella no podía descender a sutiles análisis, ni hallar la explicación a un hecho que era considerado como un delito. Sólo supo decirle que jamás pensó en aquello, y que, sin embar-

go, ocurrió. Todo era triste desde entonces. Vivía perturbada terriblemente porque tenía la adivinación de que se acercaba el momento del abandono, y sólo ahora alcanzaba a comprender lo que era amor sin llegar por eso a sentirlo. Pero lo peor no era su falta, sino que no experimentaba la sensación de que fuera culpable, y una extraña insensibilidad la dominaba. Mientras, veía llegar el instante en que por su culpa todo el mal que puede hacer una mujer se iba a volcar en su hogar. No sabía por qué de todas las imágenes queridas recordaba únicamente a su padre o a los hermanitos. La madre... en ella no pensaba. Era siempre el perdón.

De pronto, Aurora, se puso de pie casi gritando:

—¡Cállate! ¡Cállate!

Su voz pareció resonar en el vacío multiplicada por los ecos. Los mármoles que afloraban en la cumbre como viejas columnas de un templo deruido, repitieron a lo lejos ¡Cállate! como un grito de agonía.

—¡Ermelinda! ¡oh, Ermelinda! ¡Te has perdido!

A aquella voz Ermelinda se sintió desfallecer.

—Aurora, amiga mía. No me perdonarán... cuando tú no me perdonas...

Erguida, inmóvil, mirando a lo lejos como bus-

cando un punto más alto, Aurora quedó durante un instante galvanizada. Toda su fe católica, su concepto de la vida que parecía una larga y blanca resignación, se estremeció en el fondo de su alma. No era una simple ni ignoraba que a su alrededor se cumplían extraños destinos, pero nunca tuvo tan aguda la sensación de que junto a ella todo giraba en un vértigo. Y era su amiga, aquella pobre alma clara como el cielo que entraba por sus ojos, cuya carne fraternal parecía continuación de la suya, la que venía a darle la impresión acabada de la pobreza moral humana.

Una exclamación de Ermelinda que murmuraba incoherentemente mientras, extraviados, sus grandes ojos buscaban algo que no existía, la volvió a la realidad.

—No me perdonarán... ya lo sabía. No me perdonarán.

Entonces Aurora, sin ningún razonamiento, olvidada de cuanto había pasado por su espíritu, como si todas las palabras que antes pronunciara y los altos principios evocados no fueran más que lecciones aprendidas para repetir de memoria, se inclinó hacia Ermelinda y la besó largamente, maternalmente.

—Cálmate... ¿quién podrá castigarte? ¿Quién no habrá tenido como tú, una vez, todos los deseos de amar?

Cerró los ojos la pobre torturada para evitar que llegara a ella toda otra sensación que no fuera la de aquella voz de justicia que a su lado se escuchaba. Y a cada nueva palabra oprimía sus párpados como si así pudiera hundirla mejor en su cerebro y en su corazón. Su alma se abandonó a la voz amiga y bondadosa y, extendiendo sus manos como un ciego que busca el camino perdido, oprimió suave y repetidamente las manos de Aurora. Había en aquel ademán un ruego intenso, una invitación muda para que continuara hablando, y, comprendiendo Aurora, volvió a decir con amor:

—¿Quiénes te pueden condenar sino los hipócritas, o los que nada saben de la vida! Yo no sé si debo compadecerte... Me parece que te quiero más.

Con suavidad volvió a besarla en la frente y quedaron luego silenciosas, mirando, sin ver, cómo el sol se hundía entre las sierras y dejaba en la bruma del valle una vaga luminosidad.

Hubiera podido Ermelinda descubrir en ese instante todo cuanto le ocurría, pero no se atrevió. Parecíale agotada la sensibilidad de Aurora, que a

su lado, más pálida que de costumbre, tenía los ojos dilatados y las manos sudorosas. Calló cuanto hubiera sido necesario decir, pero resolvió interiormente poner fin a tantos sobresaltos y sufrimientos, exigiéndole a Rodolfo no volviera por la estancia para evitar la posibilidad de complicaciones.

Cuando bajaron del cerro, sin cambiar nuevas palabras, su propio dolor no les permitió advertir el ceño adusto y el gesto irreprimible de don Lucas, quién pretextando dolor de cabeza, no quiso hacer tertulia esa noche.

VII

LAS señoras quedaron en el patio, y mientras doña Julia relataba historias del tiempo viejo, las niñas hacían tejidos, suspirando quedamente de vez en cuando. Un soplo de viento hizo vacilar de pronto el farol de hierro labrado que una cuerda suspendía en alto, y en seguida se oyó el rumor de las hojas secas que corrían sobre las piedras y el golpe de una puerta que se cerraba con estrépito.

—Vamos, vamos adentro, — dijo doña Julia, tomando su sillón de mimbre y apresurándose a marchar hacia las piezas interiores. La tormenta se acerca cuando menos la esperábamos.

Teresa descolgó el farol del patio, cerraron las puertas, y, encendidas las luces del comedor, la tertulia se rehizo aunque ya prestaban más atención a los rumores de afuera que a la voz de la narradora.

Doña Julia a veces se detenía, escuchaba atentamente el rozar epiléptico de las viejas parras contra los muros de piedra y el largo silbido de las ráfagas en el mirador, y deducía:

—Es tormenta de viento, muchachas. No se asusten. No hay nada más.

Luego retornaba a su historia y las niñas al trabajo suspendido. Pasó así una hora. Entró Teresa al cabo de ella con un mate de cedrón y ñangapiré y luego de servir una vuelta dió las “buenas noches”. Se apagaron las luces de la cocina y doña Julia a su vez, luego de dar una miradita por la despensa y observar si estaban cerradas las puertas, aconsejó que por ser tan fea la noche se fuera cada una a su cuarto.

Obedecieron las niñas y un momento después las

últimas luces se apagaban y todo parecía dormir en la casa que el viento sacudía.

Fué entonces que don Lucas dejó suavemente su cama para no despertar a la señora. Con extraña fiebre se aseguró el revólver en la cintura y, lentamente, procuró disimularse en el corredor por donde debería pasar Ermelinda y su amante. Largas horas transcurrieron sin que se notara ningún movimiento, y ya sentía la fatiga de la espera. Las ideas iban, mientras tanto, en su cerebro, hundiendo su huella. Toda la dignidad de los Araujo apareció en su imaginación dictándole normas supremas. Aquel seductor introduciéndose durante la noche protegido por la amistad, sublevaba su espíritu. La muchachuela que traía a su casa, noble y honrada, las lacras del bajo fondo, le causaba náuseas. Toda su moral sexual, que permanecía inalterable dentro de los cánones religiosos, estalló en sus dictados imperativos, como ante un delito que reclamaba la severidad del castigo ejemplar.

Una sombra cruzó de pronto el patio. El viento no la dejaba adelantar hinchando el abrigo que la cubría. Dos perros se acercaron a olfatearla y sacudiendo sus colas alegremente, a un mandato de la sombra volvieron a las casas. Temió don Lucas

que se dirigieran a él, y descubrieran su presencia, pero los dóciles animales regresaron obedientes a la cocina de donde habían salido. Miró intensamente a la sombra cuya forma apenas entreveía sin lograr individualizarla. Detrás de los vidrios de su ventanita, Teresa le hacía señas para que observara. Con cautela se separó del muro, a suficiente distancia para no ser distinguido y no perderla de vista. Así la fué siguiendo.

Dejó la senda que llevaba a la casa, y se encaminó al pequeño bosque de canelones y talas que había frente al camino. Un momento después, dando vuelta a la "islita" de árboles estaba junto a ellos. Aguzó el oído pero no pudo oír palabra alguna. ¿Era el rumor de los árboles, eran voces o besos los que llevaba el viento? Oyó de pronto como una queja que vibraba con dulce timbre conocido, pero no llegó a reconocerla. Dióle, sin embargo, aquel quejido, una extraña sensación en medio de su ira; algo inexplicable que hacía recorrer por sus nervios, ligeros, fugaces estremecimientos.

Su mano se detenía e iba entorpeciendo su andar.

Exasperado entonces, dominando esa extraña debilidad, con la furia de su dignidad herida, avanzó frente a ellos. Los amantes no alcanzaron a verlo,

estrechamente unidos en un abrazo que parecía aislarlos del mundo.

—¡Canallas! — gritó don Lucas engeguecido.

A la voz agresiva las dos sombras se separaron bruscamente. Rodolfo sintió el peligro próximo y sin dudar un instante disparó su revólver a fin de intimidar al que lo asaltaba. Comprendió don Lucas que la noche ocultaba todas las intenciones y sólo tenía delante una fiera que se defendía y atacaba, y disparó a su vez el revólver en dirección al lugar donde se sintiera el estampido del arma.

Aquel timbre de voz, conocido y amado, que no alcanzara a distinguir, un momento antes, detuvo nuevamente su mano.

—¡Papá, no me mates!

—¡Aurora! ¡Hija mía! ¿Tú aquí?

La sorpresa no le dejaba coordinar sus ideas.

—¡Tú! ¡Me han engañado miserablemente! ¿Cómo te encuentro aquí, hija mía?

No podía comprender aquello que iba más allá de todo lo imaginable.

—Vine para convencer a Rodolfo que no volviera por casa. Ermelinda no se atrevió a salir y me pidió que yo lo hiciera.

Aurora caminaba junto a su padre sin decir todo

lo que había ocurrido, ocultando que Rodolfo fingiendo desconocerla, pretendió tomarla por Ermelinda a pesar de sus protestas. Don Lucas, por su parte, no se atrevía a aclarar lo que en las sombras de la noche había entrevisto. Un deseo de hacerla hablar, que explicara algo, le asaltó con una especie de desesperación y furor de muerte. Y, de pronto, sintió aquel desfallecimiento que ya había experimentado al escuchar el eco de la voz de Aurora. Comprendió, entonces, que era incapaz de rebelarse contra su propia hija y buscó los razonamientos que le aquietaran. Todo había transcurrido en la sombra. Nadie sabría si él había visto algo de esa escena. Era mejor callar. Callar profundamente sin dejar entrever sus dudas para que Aurora no observara su cobardía. Así podría conservarla aún, con la ilusión de su vida y de su pureza. Aquel naufragio en medio de la noche, sin testigos, era un crimen que no había existido. Nadie vendría a investigar y todo desaparecería con el tiempo.

Don Lucas no pudo reflexionar más. De la casa surgieron en ese instante algunos llamados angustiosos y apareció Ermelinda, trágica, preguntando ansiosa;

—¿Qué ha pasado?

Al mismo tiempo llegaban los peones de la estancia trayendo los faroles de tormenta y las armas preparadas. La piel lustrosa de Teresa brillaba de vez en cuando a los débiles reflejos de las luces que la mostraban con los ojos blancos dilatados por el terror.

Recorrió rápidamente Ermelinda el grupo, y no viendo a su amante no pudo menos que sollozar:

—¿Qué le han hecho... a Rodolfo? ¿Dónde está?

Don Lucas se consideró perdido. El, tan cuidadoso del murmurar ajeno, iba a tener que explicar por qué razón su hija se encontraba en la portera conversando a media noche con un galán conocido. Viendo a su lado a la culpable de esa situación cuya pregunta inoportuna develaba todos los hechos, no pudo menos que señalarla despectivamente ante los que le rodeaban.

—Usted, "señora", está de más aquí y en mi casa.

No dijo otras palabras ni lo necesitó. Ermelinda creyó que un frío de hielo iba hasta la médula de sus huesos. Quedó inmóvil en medio de la senda temiendo de pronto dar un paso por no caer. Le pareció que lentamente se alejaban las luces y el

grupo se iba perdiendo entre las habitaciones. El viento sacudía sus vestidos y empezaba a enmarañar su cabellera, pero no escuchaba ni veía en su cerebro otra cosa que las terribles palabras "Está de más"... De pronto sintió que toda su sangre quemaba y su corazón quería escapársele. ¿Era una ilusión, fué realidad? Quizá su padre estaba también allí y era su voz la que la llamaba.

Decidida, sin una vacilación, miró a las sombras y avanzó en medio del campo.

Un momento después muchas voces pronunciaban su nombre en la opacidad de la noche; pero no contestó a los que la buscaban. Don Lucas despertó entonces a un tardío sentimiento de humanidad, quizás temiendo las responsabilidades que irían a caer sobre él y ordenó que se investigara detenidamente. Fué en vano. Ermelinda no debía de contestar más al llamado de la casa enemiga.

Los peones volvieron al mediodía sin ninguna noticia. No podían imaginar siquiera el lugar en el cual podría ocultarse. Habían revisado prolijamente los peñascales y todos los sitios donde era fácil guarecerse. Quizás, extraviada, cayera en la laguna.

Los datos eran poco tranquilizadores y se agravaban con la tormenta de agua que se veía próxima e imposibilitaría toda pesquisa. Don Lucas creyó necesario comunicarle a don Emeterio el suceso y poner en autos a la policía de todo lo acaecido.

Nervioso y decidido, ordenó enganchar el coche que él mismo terminó de arreglar y partió para el pueblo.

La sorpresa de don Emeterio al verle llegar duró pocos instantes. Don Lucas, después de breves digresiones para dejar entender que allí lo llevaba un penoso deber, refirió con lujo de detalles lo ocurrido, aunque sin detenerse en la escena que Aurora fuera protagonista.

Apenas comprendió de lo que se trataba don Emeterio.

—¿Cómo? ¿Qué dice? ¡De noche venía el mozo!..

—Todas las noches.

—¿Todas las noches?

—Y parece que la costumbre la llevaba de aquí.

Con un movimiento instintivo tomó don Emeterio un grueso mortero indígena que sujetaba la ventana del cuarto, y lo levantó como para aplastar con él a alguien que tuviera a su lado.

Don Lucas creyó que iba a ser agredido y trató de imponerse. Haciendo un llamado a su autoridad y esforzando la voz le gritó:

—¡Eh, cálmese, don Emeterio! ¡Vamos, hombre! Que no es para tanto.

Pero don Emeterio reaccionó casi en seguida. Levantó el mortero indígena que había dejado caer a sus pies para oprimirse la cabeza, y, con una gran postración reflejada en el semblante, empezó a dar vueltas por la habitación. Con movimientos maquinales arreglaba junto a las puertas y a las granadas coloniales que servían de calzo, ya los caracoles que adornaban las mesas.

Don Lucas, mientras tanto, le hablaba del abandono en que debería estar esa muchacha cuando sucedieron tales cosas sin que los padres se dieran cuenta.

—¡Como pa cuidarla! — contestaba don Emeterio. — Si era ella que nos cuidaba a nosotros.

—Demasiada libertad. Demasiada libertad — aseguraba don Lucas.

—Sí, señor — admitía humildemente don Emeterio. — Así será.

—Esto ocurre porque no hay principios morales ni se respeta nada.

—Sí, señor. Así será, como usted dice.

Luego entró a explicar el temor que Linda tenía a su padre y por lo que dió a entender Aurora, su huida no obedecía sino al miedo de verse frente a su padre.

Pero don Emeterio reaccionando contestó con firmeza:

—Seguro, así debe ser. Una hija debe tenerle miedo a su padre. Si no, ¿adónde iba a parar esa...?

Y cuando don Lucas supuso que tendría alguna maldición para aquella oveja sinvergüenza, don Emeterio concluyó:

—...que se ha perdido de buena no más. ¿Y pá qué se habrá ido esa infeliz? Si en casa nunca ha estado de más...

Y olvidado de don Lucas que lo miraba sin comprenderlo, se acercó a la puerta, compuso un poco su gesto y desde allí llamó:

—¡Gora! ¡Vieja! Prepárame el amargo. Tengo que hacerte una relación, antes de salir...

VIII

ENTRE dos médanos, dos medias esferas perfectas y altas tenía Lobo su rancho. Había plantado tamaris a su alrededor, para disimularse por entero. Hubiera querido vivir aislado de los hombres, olvidarlos, no recordar más aquel día en el cual el Juez de Paz en virtud de un derecho imposible de comprender (el cobro de una pequeña deuda, que las costas multiplicaron extraordinariamente), le había despojado de su herencia paterna.

Cuando se vió arrojado de su casa y contempló a lo lejos bajo la cortina de agua de aquel día lluvioso, las carretas que se iban cargadas con los pocos enseres familiares, se sintió desesperado:

—¡Conclúinganme! ¡Conclúinganme! — gritaba con un deseo de morir.

Quedó solo, comprendiendo la tragedia de su soledad en aquellos cargamentos que marchaban levantando al cielo, sin orden y por todos lados, patas de mesas y las viejas sillas de cuero crudo en las que se había deslizado su existencia.

Caminó largo rato tras la comitiva despojadora con su grito salvaje:

—¡Conclúiganme! ¡Conclúiganme!

Al fin, uno de los procuradores se volvió fastidiado y señalándole el arenal salitroso que daba al mar le dijo irónicamente:

—Todavía te queda una fortuna, si la sabes aprovechar.

Y a aquel infeliz le pareció que, en realidad, aún le quedaba un tesoro con no ser arrojado del rincón que lo viera nacer.

Fué hasta su casa, que debía abandonar para siempre, y después de algunos viajes transportó al arenal los pocos enseres que le habían dejado como desecho.

Era vigoroso y joven y en cualquier lugar del mundo hubiera hallado fácil la vida, pero en su ignorancia, no comprendía otra forma de existencia que aquella hasta entonces llevada. Podía morir abandonado en la soledad sin auxilio alguno, pero su constitución robusta le negaba diariamente ese fenómeno, y, en cambio, se sentía sin defensa, muerto, ante los hombres que saben unirse para despojar. Prefería la lucha con la naturaleza que le era menos ingrata.

A su frente tenía ahora sólo arena y agua salada; dos veces la esterilidad. Era preciso combatir con el médano. Terrible lucha. Nada hay comparable a este enemigo. Tiene todas las formas y no posee ninguna. Aparece sólido como una montaña y es solamente una nube posada. Brinda sus flancos al árbol y, de pronto, se estremece y lo ahoga dentro de él. Suavísimo y vago, nada hay que le resista y todo lo va arrasando, suavemente, vagamente. La pampa de granito es menos trágica, porque fija en una forma, existe inmóvil; francamente estéril, acepta la lucha. El médano camina sin pies y vuela sin alas. Sonríe polícromo en los crepúsculos, amigo blando que atrae y promete todos los frutos. Así muestra mejor su engaño borrando incesantemente bajo los soplos de la brisa la obra que invitara a construir.

Frente a él sólo una fuerza es más poderosa: la voluntad. Y a ella semejaba el pobre Lobo cuando hundidas las rodillas en las arenas veía todas sus plantaciones de podas desaparecer bajo la furia del médano disuelto. Delante del médano, sintiendo al enemigo que lo sofocaba, parecía otra potencia divina que no podía ser dominada. En el duelo de esa vaga arena con el hombre débil debía de ven-

cer aquel que tuviera un punto de apoyo. Y Lobo lo tenía en sus músculos y en su pobreza mental que lo había hecho constante como un sabio inspirado. Durante cinco años, diez plantaciones fueron arrasadas y otras tantas veces volvió él a cubrir de pequeñas estacas el médano temible.

Cierta vez que el viento dormía, el enemigo tuvo que descansar. Bastó ese instante para ser vencido. Un día de primavera el médano apareció cubierto de ramillas verdes de los tamaris que se llenaron en seguida con los penachos lilas de sus racimos de flores. Todo el médano floreció en la victoria y quedó ligado para siempre como por el encantamiento del árbol y de la fuerza de la voluntad.

El solitario Lobo empezó entonces a extender sus dominios y a invadir lentamente a los médanos, porque el falso enemigo vencido en una parte, quedaba vencido del todo.

Con la barba hirsuta y los largos mechones de cabello que rara vez cortaba, únicamente lo hacía al trasladarse cerca del pueblo, al primer boliche por compras obligadas, iba y venía entre los árboles que parecían devolverle en fuerzas lo que él daba en cuidados.

Aquella tarde empezó a soplar un viento suave

pero constante que inquietó a Lobo. El médano perdió de pronto el acostumbrado aspecto tranquilo e ideal. Arrastrándose sobre la playa empezaron a correr ligeras nubes de arena casi impalpable. El viento desecaba las lomas, que mojara pocas horas antes una fina llovizna, y, de cada una de ellas, brotaba, como soplos de un antro, una nube de humo. Toda la playa apareció de pronto cubierta por ese humo que se arrastraba sin rumor deslizándose sutilísimo.

El viento arreció y las arenas perdieron su suavidad. De los flancos de los médanos y de las cumbres, nubes de agujas eran las arenas que venían a clavarse en las carnes de Lobo. No pudo ya avanzar y un vago temor le asaltó. La arena se movía a su lado, faltaba a los pies. Todo era inseguro e hiriente. El médano parecía estar en el aire, no sobre la tierra. Oscurecía al sol, llenaba los ojos, castigaba la piel. Donde se posaba el pie hundíase como si fuera a desaparecer. Era preferible para quien no conociera el médano, quedar inmóvil en medio de la tormenta y dar la espalda al viento, a avanzar un solo paso. El terrible tembladeral podía formarse allí con toda esa arena voladera que cegaba luego las lagunas. Y Lobo pensó,

mientras se movía lentamente hacia atrás, preparando sus ropas para extenderlas y echarse sobre ellas sosteniéndose así si caía en un cangrejal, que solo él y ningún otro podía salvarse de la sorpresa de ese huracán. La maldita arena lo tragaría todo, sepultaba los montes e insumía las haciendas perdidas.

Fué en esa noche que Ermelinda, después de caminar galvanizada de dolor por las cuchillas, tomó inconscientemente el rumbo al mar. La atraía una extraña sugestión. No sabía si era afán de vida o de muerte el que la llevaba recta, decidida, hacia la costa. Tenía un deseo único: huir de todo aquello que le recordara su vida misma, todo cuanto reflejara algo del pasado. Había en ella un poderoso instinto de vida, pero estaba exhausta como si sus nervios hubieran sido arrancados y parecía que sólo conservara una envoltura humana impalpable e ideal, disuelta la forma. Durante la noche vagó en la oscuridad sintiendo que el viento empezaba a arrebatlarla de su camino. De pronto mil agujas invisibles se hundieron en su cara. Quiso volverse, pero, sin saber cómo, aquellos mismos aceros invisibles continuaron clavándose en sus carnes. Cerró los ojos, apretó los labios y sintió a pesar de todo que la arena crugía entre sus dientes. Debía de estar

en pleno méldano envuelta en un torbellino de sílice. Creyóse perdida y, como un último recurso salvador, tuvo el recuerdo de las narraciones de su padre. Entonces levantó sobre su cabeza los vestidos y dejó que la arena la insumiera.

En medio de los torbellinos que la rodeaban y antes de perder la noción de su existencia, alcanzó a sentir a su lado como el aletear de un ave. Quiso palpar si era su paloma, pero el viento la arrebató de su lado antes de que la alcanzara. Luego no experimentó Ermelinda más que una débil presión en sus rodillas. Subió la arena como un abrazo delicado hasta su cintura, le dobló la espalda y la inmovilizó para siempre bajo una suave, inevitable presión.

IX

OBSERVABA con curiosidad Lobo, al siguiente día, la extraña persecución de su perro a una paloma que sin cesar volaba sobre un médano. Aquel girar incesante del animal y la persistencia de la paloma en no alejarse de ese lugar, levantándose

apenas del suelo ante el perdiguero que la seguía. le obligó a acercarse. Era indudable que se trataba de un animal manso extraviado por la tormenta. Creyó fácil poderlo cazar, pero apenas había cruzado la hondonada cuando se detuvo inmovilizado de sorpresa. Entre las arenas finas que la tormenta amontonara, asomaba una pequeña mano. Lobo se encontró frente a lo imprevisto que lo anonadaba e iba más allá de todo lo imaginable. Quedó largo rato contemplándola sin poder moverse. Luego empezó a silbar débilmente a su perro y fué elevando el tono con suavidad como si temiera espantar con su silbido a la pequeña mano que asomaba inmóvil en la arena. Acudió, al fin, el perro que se detuvo tan sorprendido como su amo. Gruñó un momento, olfateó profundamente, y se puso a ladrar con furia. En ese instante la paloma que volaba en círculos sobre ellos vino a posarse en la mano. Lobo no dudó entonces. Rápidamente se puso de rodillas y empezó a escarbar en la arena ayudado por su perro. Un instante después aparecieron las ropas que cubrían la cabeza de Ermelinda, y cuando Lobo pudo quitarlas surgió ante sus ojos una figura graciosa, como dormida, que él sintió palpar. Concluyó de quitarla de entre la arena y sosteniéndola

en sus brazos, llevó hasta el rancho el cuerpo inerte sobre el que se posaba la paloma.

La fatiga y la emoción habían desmayado a Ermelinda. El aire y luego el agua en que la bañara Lobo, la volvieron a la vida. Sus ojos recorrieron, entonces, el rancho, buscando la explicación de su extraño despertar que la figura salvaje de aquel hombre hacía intranquilizador.

Lobo, que pocas figuras humanas veía, estaba frente a aquella mujer con la más honda perturbación.

La vió despertar, mirarle temerosa, balbucear algunas palabras y no pudo articular una respuesta siquiera a las mudas interrogaciones. Bruscamente se precipitó hacia un rincón del rancho donde ardía el fuego y se dispuso a cebar un mate.

Con un ademán que era como la torsión de todas sus fibras alcanzó a Ermelinda la amarga infusión. Estaban impresos en él, la cortedad de su vida solitaria, el asombro, el más grande de los renunciamientos. Lobo que durante largos años de soledad había tratado de evitar a los hombres, de escapar a sus ojos, poseído de la fobia humana que naciera del temor al hombre lobo, sintió que de pronto había perdido ese terrible sentimiento. Había osado tomar

a una mujer entre sus brazos y todo lo que era debilidad y gracia entró así en su comprensión y en su sentimiento. Una mujer sollozante y trémula estaba junto a él, como ofreciendo su cuerpo en su mismo lecho... Y sin mirarla más, Lobo repitió su invitación, alargando el mate que él le cebaba como demostración de que había allí quien la cuidaba y no la dejaría morir.

Ermelinda comprendió que en aquel ademán estaba un sentimiento desconocido, y aun sin voluntad para beberlo, no rechazó el mate. Lo sorbió con sus lágrimas sintiendo que quizás había venido al mismo destino...

Fueron los días que siguieron a su salvación los más crueles para Ermelinda. Su pensamiento la llevaba junto a sus padres quienes ya no podían tener esperanzas de hallarla viva. Sintiendo el imperativo irresistible de hacer llegar hasta ellos la noticia de su existencia, el temor de ser descubierta y verse frente a su padre la obligaba a callar más profundamente aún. En medio de su dolor la imagen del amante desaparecía. Toda la vida parecía tener para ella un nuevo significado.

En el silencio de aquel rancho escuchaba como el trepidar de la naturaleza poderosa que la rodeaba. Muchas veces el monte cercano entonaba su canto melancólico. De vez en vez, estallaban crepitantes las piñas, que caían con ruido temeroso de rama en rama. Durante la noche el mar reunía todas las voces de todas las playas en un unísono formidable que parecía el rodar de trenes inmensos atravesando los aires. Silbidos de alimañas, pasos de bestias desconocidas rodeaban la habitación. A veces el viento, entrando por la puerta, apagaba el humeante candil y Ermelinda quedaba en la oscuridad abriendo los ojos, hasta que el aire fresco cargado de resina y olor a mariscos le daba una extraña tranquilidad y conseguía dormirse oyendo el golpeteo de matraca de los tucu-tucu. No se atrevió, durante un tiempo, a dar un paso fuera de la habitación. No sabía dónde se encontraba ni hallaba forma de averiguarlo. Aquel hombre de aspecto de fiera y de ojos dulces no era muy amigo de conversaciones. Traíale su comida, un pez, un ave asados, y luego no le veía hasta la noche en la que repetía el plato, acostándose en seguida afuera, bajo los árboles. A veces le preguntaba "¿...ta enferma?" Y ya no hablaba más cuando obtenía una contestación negativa. Aquietóse así, len-

tamente, su espíritu. Pasaron muchos días sin que ninguna voz humana la trajera a la realidad de su vida anterior. La amargura de sus recuerdos cedía ante la posibilidad de vivir alejada de las torturas morales. Llegó, sin embargo, el momento en que no pudo resistir al deseo de saber dónde se encontraba, y por ello fué que preguntó a Lobo cuando le traía su comida de costumbre:

—¿Están muy lejos las casas?

Lobo la miró, bajando luego la cabeza mientras le brillaban extrañamente los ojos.

—¡Lejos!... — dijo secamente.

Y después de un instante:

—Hay que dir a caballo po el médano o po la costa...

Ermelinda se sintió casi tranquila. Debería ser muy difícil que vinieran a hallarla en un refugio perdido entre los montes y las arenas.

En ese día, después de almorzar, se atrevió a salir buscando orientarse. Sus ojos contemplaron el cuadro admirable que se abría a su alrededor.

Era el médano en aquel lugar una curva ideal. ¿Dábale el cielo ese color de carne que se desvanecía? ¿Es acaso esa turgencia del médano de oro lo que hace que el cielo sea sobre él azul y límpido co-

mo una porcelana? Diríase que allí se resolvía con dos tonos el problema de los colores que viven. En el horizonte se dibujaban innumerables las colinas doradas con su línea fácil que un pintor imitaría con solo apretar el color de su espátula. Morían en el mar, y las aguas extendían sobre ellas, con sus olas lentas, suaves mantos claros, orlados de espuma, como ciertas túnicas femeninas transparentes, que sólo las hace visible el reborde de armiño que las finaliza.

Algo tiene el médano, sin embargo, que no puede traducir ni el pincel ni la palabra. Es la curva que el viento ha pulido y aparece bruñida con un esfumado de luz. Ermelinda, al observarla, se estremecía con la sensación que da lo irreal. Creíase hallarse sobre algo que va a desaparecer de pronto con su pureza perfecta y su superficie inalterada. Sólo los *ripple-marks* aparecían en esa arena intocada extendiéndose con la impresión de la ola que dejó el viento.

La colina invitaba a subir con su suave rampa y fué poco a poco ascendiendo por ella. Cuando estuvo en lo alto pudo distinguir las sierras lejanas de los Araujo y quedó inmóvil en larga contemplación.

Al caer la tarde, cuando el médano se torna rosado y sus perfiles son un cristal rosa, apareció Lobo a su lado. Detrás de él las señales profundas de los pies en la arena indicaban cómo había seguido sus huellas.

—¿Quiere golverse? — le preguntó creyendo que aquella larga inspección del médano era para buscar el camino que la había traído, tiempo atrás.

Ermelinda no contestó, pero se puso a caminar en dirección al rancho. Cuando entró en él no reconoció la modesta habitación.

Aprovechando su salida, Lobo había extendido sobre el piso de tierra una alfombra plateada. Los reflejos nacarados de las pieles de pingüinos brillaban en el ambiente del rancho con un juego lujoso. Un ancho friso de cueros de zorro y de lobo marino rodeaba la habitación. Por todas partes ve veían pieles de aves multicolores y sobre su cama se levantaban en curvas claras las plumas de las garzas rosadas.

Lobo quiso explicar, un poco confundido, esa transformación.

—Mi padre m'enseñó a cazar y poner ansina los cueros.

Admiró Ermelinda como aquel hombre había ha-

llado la forma de tributarle un homenaje e instintivamente quiso disimular.

—¿Para qué puso tantos? Se le van a echar a perder.

Lobo meditó un rato y dijo con pena:

—Los vendo dispué. El almacenero paga bien.

Fueron esas las primeras palabras de un diálogo que aclaró mucho su situación. Comprendió Ermelinda que aquel salvaje despertaba a un nuevo sentimiento contra el cual no tendría defensa alguna. La respetaba aún y en sus manifestaciones había una emoción escondida y humilde, pero quizás llegaría el momento en que todo fuera inútil. Sin embargo, desechando sus nuevos temores, empezó la tarea de organizar el rancho, arreglando las escasas ropas y disponiendo la comida. No era ésta muy variada, aunque resultaba a veces extraordinaria. Lobo pescaba las especies más finas, cazaba aves extrañas que limpiaba entregándolas luego a Ermelinda para asarlas. Realizaba sin saberlo aquello de Martín Fierro: "todo bicho que camina..." y su paladar sin prejuicios civilizados le hacía hallar verdaderas golosinas. En un claro del bosque crecían legumbres y frutillas y por todas partes se hallaba el dulce arazá. Su vida fué ordenándose.

En los días de lluvia, cuando la permanencia en las habitaciones era obligada, trenzaba pajas y hacía cestos, mientras Lobo sobaba los cueros con pulidores indígenas.

En los días hermosos ¡oh, aire límpido y cielos verdes de Maldonado! solían permanecer fuera, en un acantilado de la playa que los escudaba del sol y del viento. Allí Ermelinda, sentada en la arena, mientras Lobo pescaba, veía transcurrir las horas contemplando cómo las olas hacían deslizar las barbas verdes de las algas sobre las rocas rojas. El mar entraba de vez en cuando en alguna cueva lejana y sacudía con un sordo trueno el peñón. Entonces levantaba Lobo sus ojos hacia ella, como para tranquilizarla. Fué sintiéndose así extrañamente unida a aquel hombre que no le hablaba ni nada pretendía de ella y que, sin embargo, parecía seguirla en sus emociones más fugaces.

Sorprendíanla a veces extraños acontecimientos que le mostraban por entero el espíritu de Lobo.

Una tarde, Ermelinda oyó, próximamente, sobre una roca que no alcanzaba su vista a recorrer, un largo gemido que parecía terminar con un rugido de león. Despavorida por aquel lamento poderoso se levantó de la arena dispuesta a huir. Pero no alcanzó a

hacerlo. Una forma monstruosa estaba a pocos pasos observándola atentamente en un balanceo característico. Levantaba la cabeza redonda, sin orejas, y los ojos saltones y negros, chispeaban con extraña luz. Avanzaba hacia ella como estudiando sus pasos.

Miró Ermelinda hacia el único camino que quedaba libre, un suave declive de arenas y piedras, que llevaba al mar, y comprendió que estaba perdida, porque aquel animal buscaba ese camino que por su posición ella interceptaba.

En su consternación no alcanzaba a comprender cómo podría salvarse y desesperando ya de su vida levantó los brazos gritando:

—¡Venga! Por favor, venga!

No hubiera tenido necesidad de invocarlo. Lobo estaba en una roca alta que le llevaba encima del monstruo.

—Arrime, arrime al costado. ¡No se me asuste! ¡Deje que pasa!

Obedeciendo aquella voz imperativa, Ermelinda se recostó a la roca procurando disimularse, haciéndose fuerte y oprimiendo sus temblorosos miembros. El animal avanzaba torpemente. El cuerpo fusiforme se encogía arrastrando luego su parte posterior queriendo adelantar a saltos como lo hace un camarón.

Parecía ajustado en un huso del que sobraban sólo las aletas laterales y las posteriores, en las cuales se apoyaba. Ermelinda cerró los ojos viéndolo ya cerca de ella.

—Quédese quieta; quédese quieta, ¡quieta! gritaba Lobo, desde lo alto. ¡No hace nada!

Ermelinda abrió de pronto los ojos. Junto a ella, casi en su cara, sintió un soplo potente. El blanco de dos colmillos que se reflejaban al sol la desmoralizó y se sintió desfallecer.

—¡Ayúdeme, por favor!

No alcanzó a decir más. Un peñasco arrojado desde lo alto había herido al animal en la cabeza. Como fulminado quedó extendido, desangrándose, mostrando la capa de grasa que lo envolvía por entero.

Lobo la miraba casi sonriente.

—¿... susto, eh?

Apenas pudo balbucear, sacudida por la emoción.

—Sí... mucho.

—Animal sonso, agregó él; pegándole en el hocico no ai cuidao.

Apenas tranquilizada, fué Ermelinda invadida por la curiosidad, ante el cuerpo inmenso y poderoso ahora inmóvil. Dió varios pasos para recorrerlo en todo su largo y admiró los ojos vagos y dulces y la

espesa melena de león. Se acordó entonces del gemido que terminaba en rugido y que tanto pavor le infundiera.

—¿Qué es? preguntó.

—¿No conoce? dijo, con algo de sorpresa en la voz.

Empujando con el pie el cuerpo que destilaba grasa y sangre agregó:

—No es lobo ni baya. Es peluca; peluca grande. No sirve pa nada.

Pero después de mirarlo bien concluyó:

—Malo el cuero, güeno colmillo.

Y se dispuso a arrancárselos porque siempre se pedían para hacer boquillas de regalo.

X

AQUEL solitario tenía insospechadas enseñanzas. El sabía secretos del mar y de la tierra. El sol era su amigo y había amansado a los vientos. Conocía la existencia de todas las aves y, cierto día, la llevó hasta un pantano ocultándola entre las matas de juncos que disimulaban una casilla. Allí pudo observar como en un jardín de aclimatación, la más

extraña convivencia de animales. Lobo se transformaba en un dominador.

—Esto naides lo conoce, le decía, y dende aquí cazo lo que quiero!

Aquella laguna acharcada formaba un inmenso estero que protegía innumerables especies, aun no alcanzadas a ver por Ermelinda. Confiadas las bandurrias, llegaban junto a ellos perforando con su largo pico el barro, mientras las espátulas rosadas y el chajá, lujoso en su gran plumaje ceniza y su cabeza condecorada, se mantenían a la distancia en obstinada observación. Solía dejar transcurrir las horas contemplando a las cigüeñas que permanecían graves, casi inmóviles sobre sus largas patas, o avanzaban lentamente hasta distinguir en medio de las aguas los peces que huían. Entonces el ave perdía su gravedad. Pretendía caminar velozmente y daba dos o tres sacudidas grotescas como si hubiera pisado puntas agudas. Las alas casi inútiles, parecían caerse enredándose entre las patas; pero lograba cazar la pieza. Y con el grueso pescado colgante del pico volvía a sus pasos con la gravedad primera.

En la lejanía del pantano y en su parte más aislada, un ceibo cobijaba decenas de garzas. El árbol parecía vencido por extraordinarias flores y Lobo

explicaba las dificultades que era preciso salvar para acercarse hasta aquel punto y darles caza. A veces, arrastrándose como una serpiente sobre los grandes camalotes flotantes y "haciéndose liviano", disimulándose sobre la vegetación, llegaba hasta los mismos nidos de chajás que escondían sus crías en medio del pajonal.

Ninguna demostración de temor se notaba entre los animales. Nubes de tordos y mirlos color de acero, conjuntamente con los patos de bañado, se posaban junto a ellos. Acudían admiradas las rálidas y los cardenales azules, y todo parecía respirar un aire de paz arcádica que se comunicaba, irresistible, al espíritu más atormentado.

Ermelinda tuvo en aquellas distracciones que le brindaba Lobo como un lenitivo a su pesar. Sin embargo, en medio de ese estado de paz, aparecían los recuerdos de su vida y una angustia insoportable llegaba a sacudir sus nervios. Escondía sus sollozos y esperaba quedar a solas para satisfacer largamente un ansia de lágrimas que le asaltaba. Después de esas crisis, en las que su dolor se ahogaba definitivamente, su corazón latía con más serenidad y su imaginación iba hacia la nueva vida que ya en sus entrañas se estremecía. Su juventud le daba fuerzas y la

hacia optimista. No era su situación, aún en aquel estado de abandono, para anularla definitivamente en el dolor. Solicitada por las nuevas cosas que le rodeaban le fué preciso entregarse a ellas y, al fin, toda una transformación se operó en virtud de su sola presencia.

Lobo multiplicó sus actividades, concluyó de arreglar el rancho, construyendo una nueva habitación que "quinchó en escama", tan exactamente como si fuera el techo de un solo trozo. Completó los toscos muebles trayendo del pinar las maderas y, cierta vez, al volver de una cacería anuncióle, mostrándole un montón de hermosas plumas de garza:

—Tengo que dir a la pulpería pa cambiarlas.

A la noche volvió Lobo transformado. Nada quedaba del salvaje al que ella iba acostumbrándose a ver. Tenía a su frente un mozo de color bronceado y bigote oscuro cuya cazadora de pana gris ajustaba en un cuerpo fino. Procuraba no mirarla disimulando así su cortedad, pues adivinaba el examen a que ella debía someterlo. Con ademán que Ermelinda ya conocía le ofreció unas telas que él supuso, con seguridad, debían serle necesarias. Luego empezó un largo discurso para su corto hablar. Quería explicarle su vida. Había cazado muchas garzas pero caza-

ría muchas más. Todo eso que había traído lo compraba con unas cuantas plumas de garza. Valía más de doscientos pesos el kilo. Podía hacer una cacería mejor e ir a otras lagunas a las cuales nadie iba. Además podía vender los pinares y plantar nuevos. Allí vivía con poco gasto porque no necesitaba, pero...

Y se detuvo. Extrajo con ademanes medidos, del interior de una caja, un casal de palomas y se las ofreció:

—Pa hacer compañía a la Bolita Linda que estaba tan sola...

De pronto se volvió hacia ella que había quedado pensativa presintiendo algo nuevo y la llamó:

—¡Ermelinda!

Turbada al oír su nombre que resonaba inesperadamente, se apresuró a contestar:

—¿Cómo sabe usted? ¿Quién se lo ha dicho?

Entonces Lobo explicó cómo en el almacén había tenido conocimiento de todo lo pasado. La policía buscándola trajo la noticia de su desaparición con la posibilidad de su muerte. Después, los peones de don Araujo contaron que se había perdido una noche asustada de don Lucas. Pero Lobo calló los datos que con toda crudeza se le dieron, sobre todo que

un mozo del pueblo, muy ladino, había sabido enamorar a las dos amigas hasta que don Lucas lo sacó a tiros de su casa.

Ermelinda comprendió que de una palabra podía depender su salvación. Estaba en manos de ese hombre al cual era imposible ya ocultarle la triste historia de su vida.

—¿Usted ha dicho que sabía dónde me hallaba? preguntó ansiosa.

Lobo la miró con sus ojos húmedos y límpidos.

—¡Pa qué...!

Toda la discreción de que es capaz un hombre enamorado parecía encerrada en esa palabra.

Ermelinda creyó que debía hablar, explicar su pensamiento más íntimo. Se sentía desnuda frente a aquel salvaje cuya fiebre sensual tendría que despertar, al fin, bajo la influencia de las historias de amor que le contaran. Y empezó a decirle, casi sin coherencia alguna, quién era y de qué familia. Pero Lobo comprendió su angustia.

—¡No diga...! ¿Pa qué...?

Su acento no traducía emoción alguna y Ermelinda creyó que esta frialdad demostrada por Lobo para todo lo humano le alcanzaría también a ella. Si fuera así no podría pedir nada mejor para su desdi-

chada vida. Ya hacía un tiempo que estaba junto a él y jamás le descubrió otro sentimiento que el de indiferencia. Ella trabajaría a su lado hasta el momento en que su historia, entregada al olvido, le permitiera deslizarse en su vieja casa sin sorpresas y sin dolores.

Entonces, desbordante, palpitando en la ansiedad de aquel momento supremo, quiso mostrar a Lobo lo que podría hacer siempre que quisiera conservarle su independencia. Le ayudaría en los trabajos de la casa, cuidaría de la huerta, quizás fuera útil para preparar los cueros.

Aturdida, explicó que eso le permitiría a él ocuparse mejor de la caza, y como ella no tenía miedo, le gustaba mejor estar sola. Así insinuaba, sin decirlo, su deseo de libertad.

Pero Lobo repetía:

—Pa qué...

La contemplaba, y, en su imaginación, la veía como una de las tantas aves que cazara en la laguna. Allí estaba debatiéndose en medio de la red impalpable que arroja el Destino a algunos humanos y comprendía que era inútil luchar. Estaba en su mano y nadie podría arrebatársela, como un ave de la laguna. Espera-

X ría a que se tranquilizara, y después sería suya. Cuestión de tiempo como para cazar los animales ariscos.

Ermelinda continuaba:

—Ahora no es posible que vuelva a mi casa. Eso no importa. Yo arreglaré esto como si fuera la de mis padres...

Temiendo haber dicho demasiado se apresuró a agregar:

—Si está conforme. Como siempre arreglo por costumbre, sin interés. Además... quizás regrese pronto... quizás estaré un tiempo...

Escuchaba Lobo admirado, aunque aparentemente impasible, el torrente de palabras, llenas de gracia, de juventud y de dolor. Comprendió que aquella conversación casi incoherente era dictada por algo superior a su voluntad y que en ella había como una entrega tácita.

Un sentimiento de piedad se hundió en su corazón, y velada también su voz, dijo al verla ya fatigada y silenciosa:

—¡Ta güeno!... Ni naides puede prietender más. Y juntos se pusieron a descarnar los cueros.

XI

ESTÁ abierta la ventana, mamá?

—Sí, hija.

—¡Está tan oscuro mi cuarto!

—Es el rosal, Aurorita, que cubre toda la ventana. Voy a hacer quitar unas ramas para que puedas ver. ¿Quieres?

La enferma dióle las gracias y reclinó su cabeza en la almohada, buscando un descanso que en vano llamaba hacía dos años. Desde aquella noche que desapareció Ermelinda, su malestar se acentuó notablemente. Sobre el extraño suceso nadie hizo en la casa comentario alguno. Diríase que se había olvidado por completo a Ermelinda y a los suyos. Pocas personas se enteraron de que unos días después de estos acontecimientos, Rodolfo solicitó una entrevista con don Lucas. En esta inesperada conversación todo se mantuvo en un tono extraordinario. Rodolfo demostró un profundo pesar por lo ocurrido, y el deseo de poner término a su vida desordenada. Repentinamente enamorado de Aurora, solicitaba permiso para visi-

tarla, dejando en manos de los padres fijar la fecha del enlace.

A pesar del calor con que venía inspirada la noticia, no pasó a la categoría de cosa cierta. Al conocerla Aurora sintió que había en esta decisión un frío cinismo. No se habló más del tema y todo pareció quedar sepultado en el olvido.

Quiso, entonces, Aurora, orientar su vida hacia alguna obra que la arrancara de su dolorosa quietud y resolvió emplear sus conocimientos enseñando a las niñas que vivían como abandonadas en esos parajes. Pronto formó una escuela donde se aprendía en primer término manualidades, y la eficacia de su obra se fué esparciendo lentamente por la región. Dió la forma exquisita de su alma a aquellos pequeños que acudían presurosos de apartados rincones en busca de conocimientos. Y así, diariamente, al finalizar la tarea escolar, se escuchaban bajo el parral que sostenían las columnas coloniales sin basamento ni capitel, canciones que entonaban a dos voces los niños. Insensiblemente aquellas paisanitas iban deletreando poemas religiosos que alternaban con las melodías sencillas de Beethoven y Schumann. Aurora trasvasó de esa manera todo su espíritu. No debía de ser, sin embargo, por mucho tiempo. En dos años

habíase agotado físicamente. Era apenas una envoltura humana que mostraba su vida sólo en la tristeza de los ojos pardos.

Un día no pudo levantarse, y desde aquel instante la familia rodeaba solícitamente su lecho.

Cierta vez, en un momento que quedara sola con la morena, se atrevió a ordenar.

—¡Teresa! Quiero que me digas la verdad...

—¡Y po que nó, niña! ¿Cuándo nó?—contestó la negra asombrada.

—Bueno... Dime lo que sabes de Ermelinda.

—¡Ay, niña! ¡Qué cosas güelve a mover!

—¡Teresa! Dime lo que se ha hecho la pobre. Yo sé que no ha muerto.

—¡De juro! ¡Pa qué morirse! Asiguro no sé nada. Parece que no está tan mal y algunos dicen que está bien; pero, asiguro, nada.

Aurora oía, después de mucho tiempo, hablar de su amiga y escuchaba con los ojos dilatados.

—¿Cierito que no está mal?

—Dicen ¿sabe? que la encontró un hombre que... en fin... vamos, era como animal. Pero, ¡quién diría! ¡qué cosas! resulta ahora que es como un hombre y hasta campo tiene.

En ese momento empezó a entrar por la ventana

un haz de luz brillante y Aurora tuvo que cubrirse los ojos con las manos. Desde afuera, un peón, arrancaba los rosales lujuriosos que dominaban toda la ventana.

—¿Sabes dónde vive? — continuó interrogando Aurora.

—Eso sí, no sé. Ni creo que aiga camino.

Hizo una señal vaga, y como abarcando todo el horizonte continuó:

—...Po ai.

La larga e intensa conversación y su debilidad hicieron que de pronto Aurora desfalleciera palideciendo de manera alarmante.

Teresa asustada llamó a gritos:

—¡ Señor! ¡ Señora! ¡ Aurorita está mal!

Acudieron despavoridos los padres, pero la enferma reaccionó en seguida.

—Es la luz que entró de pronto, disimuló Aurora. Me ha hecho mal.

Iban a cerrar nuevamente la ventana, pero ella se opuso.

—¡ No, al contrario! quiero ver la laguna. ¡ Ah si pudiera volver a subir el cerro! Creo que me curaría.

Y mirando hacia afuera agregó con tristeza:

—Hoy parece que hubieran lavado todas las cosas del campo.

—Anoche llovió, hijita, dijo el padre; y su sentido práctico le obligó a concluir:

—...pero muy poco.

—Me parece que veo más lejos que nunca. ¿Tú sabes, papá, de quién son los arenales que se ven allá en el horizonte?

—De nadie, hija. Están fuera del camino. No producen nada y nadie se ocupa de ellos.

Aurora quedó un instante palpitando ansiosa sin separar sus ojos del ventanal. Detrás de los cerros se asomaron perezosamente algunas nubes. Luego, como arrepentidas volvieron a hundirse y no se vieron más en toda la tarde. El cielo quedó purísimo y sereno. Vagaba en el ambiente ese aire apenas sensible que suele enviar el otoño cuando brilla en un día hermoso. Veíase el cerro con su plata cristalizada, levantarse a lo lejos como un joyero cincelado que las nieblas del valle rayaban con sus tules celestes. A su izquierda, azul e inmóvil, la laguna que buscaba el mar. Los mimbres azafranados completaban el color del paisaje entre los pálidos sauces dormidos y los álamos que se levanta-

ban altos, como para detener el desborde vegetal que parecía arrojarse al arroyo.

—Mamá, ¿no ves algo que se mueve sobre los médanos, allá, abajo?

Se apresuró a mirar doña Julia al lugar donde indicaba Aurora, pero no distinguió nada.

—Mira, papá, tú que tienes mejor vista. ¿No ves algo blanco?

Observó atentamente don Lucas y afirmó luego:

—Son palomas, hija. Todas blancas.

—¿Todas blancas?

—Todas blancas.

Aurora sintió de pronto, en la existencia de aquellas palomas, la presencia de Ermelinda, y tuvo la seguridad de que no podían ser sino de la Bolita Linda que se fuera con su amiga.

La bandada blanca iba y venía en grandes revuelos circulares cruzando el pinar que bajo el sol tornábase profundo y obscuro en sus sombras, y brillante y claro en las agudas copas que pinchaban el horizonte.

Todo era silencio alrededor del lecho de la enferma. La tarde estaba en éxtasis y sólo de vez en cuando el silbido de alguna perdiz, contestada

en terceras menores por su compañera, entraba en el ventanal abierto.

Aurora parecía hundirse lentamente en un ensueño. Distendió los brazos a lo largo del enflaquecido cuerpo y sus manos que mostraban salientes las cuerdas de los tendones, cayeron desmayadas. En ese instante aquel insospechado drama que fué su vida se representaba por entero en su imaginación. Todo el sufrimiento que llenó sus horas colmaba el corazón exhausto y la hacía concentrarse por última vez para beber en la fuente amarga de su propia desdicha. En vano esperaron los padres que volviera hacia ellos los ojos o la palabra. Veía en ese instante claramente y sin reproche el doloroso camino que la hicieran recorrer. Comprendía a su vez que detrás de la inflexibilidad de su padre, había todo un sistema de ideas y de imperativos irreductibles marcándole la ruta, transmitido a él como un tesoro por las generaciones que le precedieron. Y en su madre, su pobre madre amantísima, encontraba el mismo espíritu de sacrificio que ella poseía. Por amor habían anulado sus días y sus pensamientos, entregándolos a quien juzgaron el mejor y la encarnación de lo bueno.

Aurora abrió los ojos insondables. Quería ver, en

el cuadro que recortaba el marco del ventanal, aquel revuelo de palomas blancas que conmovía su alma como una palabra de ternura. En sus iris pardos se reflejaron otra vez los pinares de bronce, la larga cadena de médanos de oro y la cinta celeste que el vaho desprendido de la laguna formaba en la base de los cerros amigos. Y, sobre ellos, las palomas blancas que iban y venían, símbolos del amor que vive y da la vida. Luego, una vez más, la última vez, se cerraron los párpados y las manos tendinosas y desfallecientes se abrieron desmayadas sobre las sábanas.

Miráronse de pronto los padres con miedo irrepresible. En el ambiente habían sentido cruzar la gran sombra trágica.

Con ese sollozo que hincha el pecho y no cabe en la garganta, la contemplaron un instante. Les pareció entonces, que la veían por primera vez. La muerte la transfiguraba y su silueta fina, casi desvanecida, blanca entre la blancura de las ropas, quedó como sostenida solamente en el pardo color de su gran cabellera suelta.

Un momento después, el movimiento de la casa, sacudida por la muerte, hacía sentir cómo se difundía la triste noticia. Mezclados con los peones de

la estancia entraron algunas personas de la vecindad. Daban el pésame por riguroso turno y se agrupaban en un ángulo de la habitación en donde permanecían mudos, con ese solemne gesto, profundo y sentido, mezcla de resignación fatalista y de dignidad altiva, que sólo nuestros paisanos poseén y muestran cuando visita la muerte. El cuarto se pobló de ahogados gemidos, hasta el momento en que llegaron, con mucho atraso, el médico y el sacerdote. Obligaron los graves personajes a salir de la pieza mortuoria a los padres inconsolables y detrás de ellos abandonó el grupo de amigos aquel lugar de dolor.

Por un instante quedó sola Teresa con el cadáver. Entonces, con suavidad de madre, la morena le recogió la larga cabellera que la brisa hacía desbordar del lecho. Colocó en seguida bajo las almohadas un manojo de malva rosa, como lo hacía todas las noches para perfumarle el sueño. Estiró después las blancas ropas de la cama entre las cuales apenas se diseñaba el cuerpo, y quedó maravillada frente a aquellos amados despojos.

Sobre el escritorio de Aurora el viento hojeaba pertinazmente las páginas elásticas de un libro abierto. Entre las sombras de la noche que se

acercaba e iban llenando las cosas de silencio, sólo se percibía el siseo del libro. Molestada, al fin, Teresa fué a cerrarlo. Si hubiera sabido leer, en aquellas páginas que el viento volvía sin cesar, habría visto una frase, triste como las mismas lágrimas:

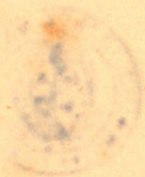
Yo clamaba, yo clamo: "Amor o Muerte!"

"¡Amor o Muerte quiero!"

Y todavía espero...

FIN





IMPRESA MERCATALI
ACOTE 271 — BUENOS AIRES

Mazzoni, R. Francisco,
1883- (wug.)

